

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — Tomo VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 15. — N° 173.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en París.

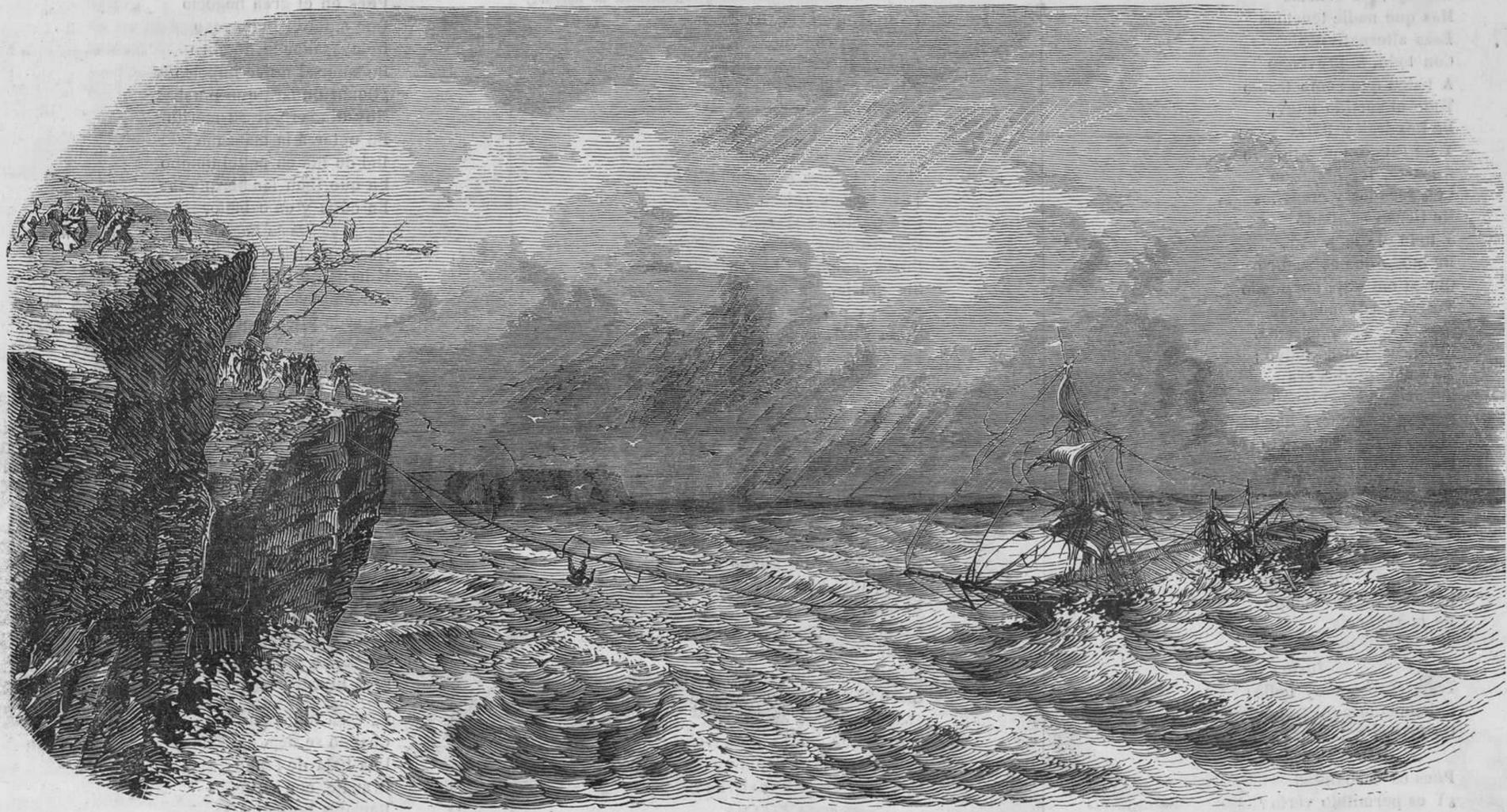
SUMARIO.

Nafragio de la Louise; grabado. — **Frustrerías**. — **La revista del 1° de abril en el Campo de Marte**; grabado. — **Publicación oficial de la firma del tratado de Paz**; grabado. — **Revista de París**. — **Carta sobre el Egipto**. — **Una sesión del Congreso de los plenipotenciarios de París**; grabado. — **Valeriano**. — **Kerch**; grabados. — **Sueño y dolor**. — **Rectificación**. — **Boletín científico**. — **Del destino de las pirámides de Egipto y de Nubia**; grabado.

Nafragio de la Louise.

El 11 de diciembre último el bergantin francés *la Louise* naufragó en la bahía de Javea, provincia de Alicante. En cuanto notaron en Javea el peligro que corría el buque francés, los señores D. Antonio Albi, D. José Antonio Bolufer y el alcalde D. Antonio Catala, á pesar de la violencia de la tormenta hicieron á toda prisa sus preparativos, y arrastrando consigo toda la población, se aproximaron al sitio de la costa mas cercano á los arrecifes sobre los cuales acababa de zozobrar

el buque. Despues de mil trabajos y á fuerza de señales lograron enviar á los náufragos una doble cuerda de salvamento. El primero que sacaron á tierra, con mucho gozo de todos los espectadores, fué un jóven grumete y siguieron los marineros; por último solo quedaron en el buque el piloto y el capitan. Hubo un momento de interrupción; el capitan vacilaba en abandonar los restos de su desgraciado bergantin, pero vencido por las instancias del piloto y llorando de desesperación, se ató á la cuerda de salvamento detrás del piloto. Desgraciadamente cuando este se hallaba ya próximo á la orilla, la cuerda que ya nadie tenia á bordo,



Nafragio de la Louise sobre las costas de España, cerca de Alicante.

violentemente sacudida por la borrasca, se enredó en los palos del buque y se rompió entre el piloto y el capitan. Este último quedó colgando de un pié sobre el abismo; con grandes esfuerzos se consiguió sacar al piloto que á pesar de la terrible sacudida que acababa de sufrir no se hallaba en una posición tan crítica como el capitan, pero este infortunado parecia que no podia salvarse: la cuerda agitada con furia por el aire y por los movimientos del buque, unas veces le precipitaba en las olas, otras saltaba con él en el espacio; no seria fácil pintar la emoción y el dolor de los que presenciaban esta escena. El piloto hacia esfuerzos desesperados para lanzarse sobre la cuerda y volver junto á su capitan,

pues decia que queria salvarle ó morir con él; hubo que atarlo para impedirselo pues no se hallaba en estado de hacerlo.

Los tres señores nombrados mas arriba en vano redoblaron su celo; ofrecieron 50, 100 y 200 pesos al que tuviera valor para atarse á la cuerda y llegar al capitan y traerle, pero el peligro era grande, nadie se atrevia. Una hora entera que debió ser un siglo para el náufrago, se pasó en deliberaciones, hasta que por fin el señor de Albi que ya habia hecho tanto, guiado por una inspiración súbita corre á su casa, trae unos cestos de cuerdas que se usan para pescar, los arroja, y al cabo de mil esfuerzos los hace llegar junto al capitan que puede en

fin agarrarse á uno de ellos. Entónces aquellas buenas gentes, con el corazon palpitante de la mas viva ansiedad, le atraen hácia la costa donde es recibido con los gritos de alegría de la muchedumbre que dominan un instante el estruendo de la borrasca. Apenas el capitan Opdepool, sin conocimiento y casi sin vida se hallaba en los brazos de sus libertadores cuando el buque se hundió en las olas. Todos se apresuraron á dejar aquellos lugares siniestros, y se prodigaron los mayores cuidados al capitan, cuyas primeras palabras cuando recobró los sentidos fueron para preguntar por el piloto. — ¡Se ha salvado! le dijeron. — Gracias á Dios, exclamó él en un transporte de alegría y luego cayó en un largo desma-

yo. Sin embargo, al cabo de algunos días tanto el capitán como sus hombres se hallaban completamente restablecidos gracias á los cuidados constantes de aquellos señores que les salvaron, les recogieron en sus casas y les prodigaron toda clase de atenciones.

Con placer consignamos en nuestras columnas este rasgo noble y desinteresado de los señores D. Antonio Bolufer, D. Antonio Albi y D. Antonio Catala cuyos nombres deben figurar entre los de los bienhechores de la humanidad.

FRUSLERÍAS.

DIÁLOGO ENTRE UNA SOLTERONA VERDE Y SU PELUQUERO, INTERRUMPIDO POR UN HOMBRE DE JUICIO.

Pasa la escena en Madrid, ó en cualquier parte, invadiendo Doña Eugenia, condesa de C***, y su peluquero-modista Mediacaña la habitación de Don Fausto R***, literato sesudo y pacífico.

MEDIACAÑA con varias cajas bajo el brazo.

Bonjour, condesa amable.

DOÑA EUGENIA.

Que usted los tenga buenos, Amigo Mediacaña...

(Mediacaña la presenta su mano.)

(A parte.) ¡La mano un peluquero!

(Se la dá despues de vacilar.)

MEDIACAÑA.

Señora, es el artista :

Sen fueros que da el genio.

DOÑA EUGENIA.

¿Y no le han dicho á usted...?

MEDIACAÑA.

Sí, condesita, pero

Me pareció el recado

Torpeza del doméstico.

Ma foi para algo debe

Servir tener talento.

DOÑA EUGENIA.

Yo sin embargo... ahora...

MEDIACAÑA.

¡Oh, basta! lo comprendo:

Falta el humor á veces...

No están siempre los nervios

En caja; los artistas

Mas que nadie tenemos

Esas alternativas.

Con todo, le prevengo

A usted que como traigo

Todo el surtido nuevo

De Lóndres y Paris

Y he estado tanto tiempo

Ausente, las bellezas

Con recados y empeños

Me tienen asediado

Y todo el dia preso,

De modo que es seguro

Que si me voy, no puedo

Volver hasta mañana.

DOÑA EUGENIA.

Entónces, me resuelvo;

De todos modos era

Forzoso hacerlo luego,

Porque esta noche hay baile...

MEDIACAÑA.

Irá usted, por supuesto,

Al baile *costumé*.

Tengo para él un ciento

De encargos.

DOÑA EUGENIA.

He pensado

Ir con traje del tiempo

De la regencia.

MEDIACAÑA.

Justo;

Traje *régence*, muy bello;

Cabalmente aquí traigo

Un erizon soberbio.

DOÑA EUGENIA.

Pues es casualidad,

¿Y es permitido verlo?

MEDIACAÑA.

¿Cómo no, condesita?

DOÑA EUGENIA.

¿Para quién es?

MEDIACAÑA.

Lo he hecho

Como un *échantillon*.

(Saca el erizon lleno de orgullo.)

Verá usted el efecto.

DOÑA EUGENIA.

¡Qué cosa tan preciosa!

MEDIACAÑA.

Es mi creacion : expuesto.

Ha estado este *chef-d'œuvre*

Que admira á los expertos

Allá en el *Crystal-Palace*

De Lóndres.

DOÑA EUGENIA.

Y algun premio

Habrá usted obtenido.

MEDIACAÑA, lanzando un suspiro.

¡No basta merecerlo,

Condesa; no comprenden

Los prosáicos isleños

La estética aplicada

Al arte del cabello!

DOÑA EUGENIA.

¿Con qué, tan agraviado?...

MEDIACAÑA.

Señora, mis desvelos

No estaban á su alcance.

Yo y otros varios genios,

Del jurado apelamos

Para ante el bello sexo.

DOÑA EUGENIA.

A hacer á usted justicia

Nunca nos negaríamos.

MEDIACAÑA.

Vous êtes bien aimable.

Todos mis compañeros

De Paris, esta obra

Miran como un portento.

DOÑA EUGENIA.

Es cosa peregrina,

No hay duda, es un modelo.

Así, por este estilo

Llevar quisiera el pelo

Al baile de esta noche.

MEDIACAÑA.

Bien, ¿porqué no? No veo

Inconveniente alguno :

Si el traje es rico y bueno.

Como supongo, golpe

Va usted á dar por cierto.

No está mal elegido

Ese *costume*, pues esos

Hoyuelos y esos ojos

Y esa boquita... ¡oh cielos!

(Reparando en su peinado y con ademan de horror.)

¿A quién, señora, fia

Usted ese cabello

En mis ausencias? ¡huy!

¿Quién es el chapucero

Qué, infiel á su mision,

Desoye así el precepto

Severo de la moda?

¡*Mon Dieu, mon Dieu*, qué veo!

¿Ese *bandeau* aplastado

Qué significa? ¡Y esos

Disparatados rizos,

Duros, como de hierro,

Sin gracia, sin estilo!

Pues ¿y esa gorra? Observo

Que en toda esa *coiffure*

Faltó, señora, el sello

Que dan la inspiracion,

La escuela y el talento.

(Con tono solemne.)

Condesa, usted está

Sacrificada. Tengo

Que usar de ese lenguaje

Cruel, ¡mucho lo siento!

Pero es un sacerdocio

El arte, y yo no puedo

Sufrir que prostituyan

El culto que profeso.

Usted tiene por fuerza

Algun mal consejero :

Su *toilette* matutina

Claro lo está diciéndolo.

¡Vaya! ¿cuánto apostamos

A qué usted ignora el nuevo

Programa de la moda

Que rige en este invierno?

DOÑA EUGENIA.

No hay duda que lo ignoro;

Yo no he salido...

MEDIACAÑA, con afectada complacencia y bondad.

Bueno :

Voy á enterar á usted

De todo, y aun espero

Emplear en su persona

El surtido mas bello,

Mas completo y variado

Que aquí se ha visto : pienso

Que sea usted, condesa,

Mi preferida; pero

Con tal que usted destierre

Toda cuestion de precios,

Y obstáculos mezquinos

No oponga á mis proyectos.

DOÑA EUGENIA.

No es mala condicion.

MEDIACAÑA.

Le sobran á usted medios

Para dar hoy el tono

Aquí y en todo el reyno.

DOÑA EUGENIA.

¿Y qué hay que hacer? Veamos.

MEDIACAÑA.

Debemos, lo primero,

A cada circunstancia

Proporcionar su efecto.

El confundir los usos

Y los distintos géneros

De vestido y tocado,

Es deplorable yerro.

Trascendental influjo

Tiene este desacierto,

Y en él aun no han pensado

Bastante los gobiernos.

Tal vez se dé una ley

Y se alborote el pueblo :

La ley es mala, gritan,

Por esto ó por aquello :

Se enzarzan los sistemas,

Se tiran de los pelos

Los periodistas ; pobres!

Yo estudio á los que han hecho

Aquella ley, y al punto

La causa del mal veo.

De los legisladores

El uno trae frac negro

Ya desde medio dia,

El otro lleva al cuello

Un *foulard* por la tarde,

Y otro, ¡absurdo grosero!

Lleva muy grave á un baile

Tapa de terciopelo.

¿Cómo es posible que haga

Las cosas con acierto

Quién de la moda ignora

Los mismos rudimentos?

Pues en el gran negocio

Que agita el bello sexo

De avasallar al hombre

De amor al dulce imperio

¿Quién dudará que muchas,

Muy dignas por su mérito

De optar á la manzana

Del de Ida en aquel tiempo

En que iban las hermosas

En cútis y en cabello,

(Doña Eugenia hace un gesto de horror.)

Hacen un triste fiasco

É irritan á Himeneo

Por emplear sin tacto

La seda y terciopelo?

DOÑA EUGENIA.

¡Oh, qué perfectamente

Conoce usted el secreto

De nuestros triunfos!

MEDIACAÑA.

Vaya :

¿Y qué no alcanza el genio?

Ea pues, son siete ú ocho

Los trajes que yo creo

Reclama de usted hoy

El bello mundo.

DOÑA EUGENIA, asustada.

...Pero...

MEDIACAÑA.

La *journée parisienne*

Será nuestro modelo.

(Con gran decision.)

Es cosa indispensable

Cuando se deja el lecho

Una bata de fondo

Granate, con risueños

Ramajes floreados,

De colores diversos :

Cachemira de Escocia

Se usa para esto;

De marcelina blanca

El forro... yo lo empleo

Con mucha aceptacion

Quaté y *piqué* en invierno.

Se pone un canesú

Debajo (por supuesto

De casa de *Colás*

Rue Vivienne, de quien tengo

Yo aquí las comisiones)

Bordado, y va sujeto

Al puño con la manga.

La gorra pone el sello
De la elegancia al traje
De mañana; yo suelo
Hacerlas de *nansouk*
O jaconás, y mezclo
Con el bordado inglés
La *valencienne* con éxito.
Hay que cambiar de traje
A la hora del almuerzo,
Y el buen tono requiere
Que sobre un corsé, hecho
Por madama Dumoulin,
(La cual es para esto
Una *especialidad*
Que acata el universo)
Use usted un vestido
Que será por ejemplo,
De *popeline, bleu France*
A *trois montans*, subiendo

(Hace el ademán.)

Así, en diminución,
Y bordados de negro.
Negro también, de raso.
Debe ser el chaleco,
Bordado, y con botones
De oro y muy pequeños.
Polka corta y bordada,
Fichú bordado al cuello,
Bordada en muselina
La gorra como el resto;
En fin, bordado todo:
Así lo hemos dispuesto.
El peinado que priva
Es al estilo griego:
Nada de bandolina,
Nada de rizos, eso
Es ya un anacronismo
Y causa pena verlo.
Desciende en dos partida
La mata del cabello
Formando ondulaciones
Cual las de un mar sereno
Con morbidez y gracia:
Toma en la oreja el sesgo
Natural, al semblante
Da un no sé qué de ingenio.
Esto es lo que se llama
Bandeau bouffant; si es crespo,
De la Vénus de Médicis
Despertará el recuerdo.

DOÑA EUGENIA.

¿No es crespo el mío?

MEDIACAÑA, con *sobarroñería*.

Es claro.

DOÑA EUGENIA.

Entonces...

MEDIACAÑA.

Un lucero,

No ya una simple Vénus,
Pareceréis por cierto.
Vamos ahora al traje
Preciso en el paseo.

DOÑA EUGENIA.

Amigo Mediacaña,
Me causa usted inmenso
Placer, tiene usted labia
Y seducción, mas temo
Que va usted á arruinarme
Si le escucho mas tiempo.

MEDIACAÑA.

Condesa, es imposible
Ver esos elementos
Y de la inspiración
No aprovechar el fuego.
Yo indico á usted lo que
Mas necesario creo
Para no confundirse
Entre las mil que observo,
Muy bellas y muy santas,
Pero afrenta del sexo.

DOÑA EUGENIA.

¡Infame! me seduce
Usted con ese dejo
Y esa afluencia.

MEDIACAÑA.

En todo

Soy, condesita, ingenuo:
Si hay algo en mi lenguaje
De seductor, lo debo
A ese Paris, del arte
Emporio, escuela y centro;
Y hay que desengañarse,
Allí solo hay talento.

DOÑA EUGENIA.

Vamos á ver: hagamos

La cuenta, el presupuesto
De lo que va á costarme
El surtido completo.

MEDIACAÑA.

¡Siempre tan económica!
Si usted no pierde el miedo,
Hará pocas conquistas.

DOÑA EUGENIA, á parte.

Asegurar á Ernesto
Me conviene.

(A Mediacaña.)

No importa

Es preciso saberlo.

MEDIACAÑA.

Está bien, á hacer voy
El cálculo en un vuelo.

(Saca su cartera y escribe meditando.)

DOÑA EUGENIA.

Así me gusta.

MEDIACAÑA.

Pongo

Al poco mas ó ménos.

DOÑA EUGENIA.

Se entiende.

(A parte soliloquiando.)

Supongamos

Que tengo ya mi juego
Completo: buena bata,
Vestido con chaleco,
Bandeaux, de esos *bufantes*!
Y me presento á Ernesto.

(Continúa absorta hablando consigo misma; entra D. Fausto sin ser visto.)

MEDIACAÑA, á parte.

Con esto hago negocio.

(Alto como haciendo su cálculo.)

Cuarenta y treinta, ciento;
Son novecientos...

DON FAUSTO, á parte.

¡Ola!

MEDIACAÑA.

Y mil, tres mil quinientos.

DOÑA EUGENIA.

¡Oh, sí! ¿quién se enamora
De la que en el sombrero
Lleve hoy un paraíso
O algún otro esperpento
Por el estilo? Es claro,
¿Para qué es el dinero?

DON FAUSTO.

Señora, ¡por piedad!
Teniendo un aposento
Con seis ó siete piezas
Se apodera usted de esto?
DOÑA EUGENIA, sorprendida y enfadada.
Bien, bien, tenéis razón,
No sea que profanemos
Del cenobita el claustro
Y de la ciencia el templo.
Vámonos, Mediacaña.

(Le hace señas para que se calle.)

MEDIACAÑA, sin advertirlo.

El traje de paseo
Gros de Tours con volantes...
Son ya seis mil doscientos...

DOÑA EUGENIA.

Vamos, vamos...

MEDIACAÑA.

Vestido

Alto de terciopelo
Para comer *en ville*...

DON FAUSTO.

¿Qué tal?

MEDIACAÑA, siempre embebecido.

(A parte.)

De los que tengo
De *pacotilla*. (Alto.) Luego
Traje para teatro,
Otro para concierto,
Y otro en fin para baile.

(A doña Eugenia)

Mil reales mas ó ménos,
Le costará á usted todo
Unos mil y cien pesos.

¡Oh! *ça vaut bien la peine!*

DOÑA EUGENIA, furiosa.

¡Pero hombre! (A parte.) ¡Qué despecho!
Le digo á usted que venga.

(Le agarra del brazo para llevárselo.)

DON FAUSTO, con ironía.

Para gastos superfluos
Ninguno como yo;
Y usted es un modelo
De economía. ¡Oh juicio!
Gastar mas de mil pesos
En esas frusterías.

(A doña Eugenia)

¿Y quién es el discreto

Oráculo?... (Mirando á Mediacaña con curiosidad.)

MEDIACAÑA, *solicito*.

Monsieur, (Recalcando las palabras.)

Jean Mediacaña, yerno
Del célebre Cholin
De Paris, peluquero
Y artista *fournisseur*
De modas y de objetos
De lujo, *rue Tronchet*...

DON FAUSTO, interrumpiéndole.

Bien, basta.

MEDIACAÑA.

Caballero

(Le presenta la mano y D. Fausto le vuelve la espalda.)
Servidor...

(Con disgusto, como chamuscado.)

¡Ah! *c'est fort!*

DON FAUSTO á doña Eugenia.

Señora, á ese dinero
Que tira usted, podría
Dar mas plausible empleo.

MEDIACAÑA.

¡Oh, *pardon!* ese punto
Está ya bien resuelto,
Son deberes sociales...

DON FAUSTO.

Son caprichos y enredos
De gente ociosa y frívola
Y charlatanes...

MEDIACAÑA.

Veo

Que un deplorable atraso
Ofusca á usted el cerebro.

DON FAUSTO.

Yo con usted no hablo,
¡Titere!...

MEDIACAÑA, á parte.

¡Con qué imperio

Quiere dar su opinion
Siendo en el arte lego!

(Se hace á un lado y flecha á D. Fausto su lente con imbecil sonrisa de compasión.)

DON FAUSTO.

Tia, ¡por Dios no tome
Consejos de ese necio!
Déjese usted de modas
Y estudiados arreos,
Que solo de la vida
En el abril podemos
Tolerar, aunque vanos,
Y créame usted; el aprecio
Del mundo no se gana
Con trapos ni embelecios.

DOÑA EUGENIA.

Yo sé lo que me hago.

DON FAUSTO.

Debiera usted saberlo.

MEDIACAÑA á parte y sin quitar la vista de D. Fausto.

¡Querrá tener razón
Llevando ese chaleco...
Y ese cuello sin gracia...
Y esa levita!...

DON FAUSTO.

Medio

Siglo va usted á cumplir...

DOÑA EUGENIA, con impaciencia.

¡Ea! ¡basta! No tolero
Que mande en mi bolsillo
Ninguno, y usted ménos,
Que gasta cada dia
En sus libretes viejos
Lo que en pulirse ahorra!

(A Mediacaña.)

¡Vámonos allá dentro!

(A Don Fausto, con despecho mal disimulado.)

Pongo, señor filósofo,
En su conocimiento,
Que nadie se presenta
De dia con frac negro:

(Con risa falsa.)

¡Há! ¡há!

MEDIACAÑA, con alborozo.

C'est délicieux!

DOÑA EUGENIA.

Y que esta noche llevo
Al baile *costumé*
Un peinado modelo;
Y mañana *bandeaux*
Bouffants...

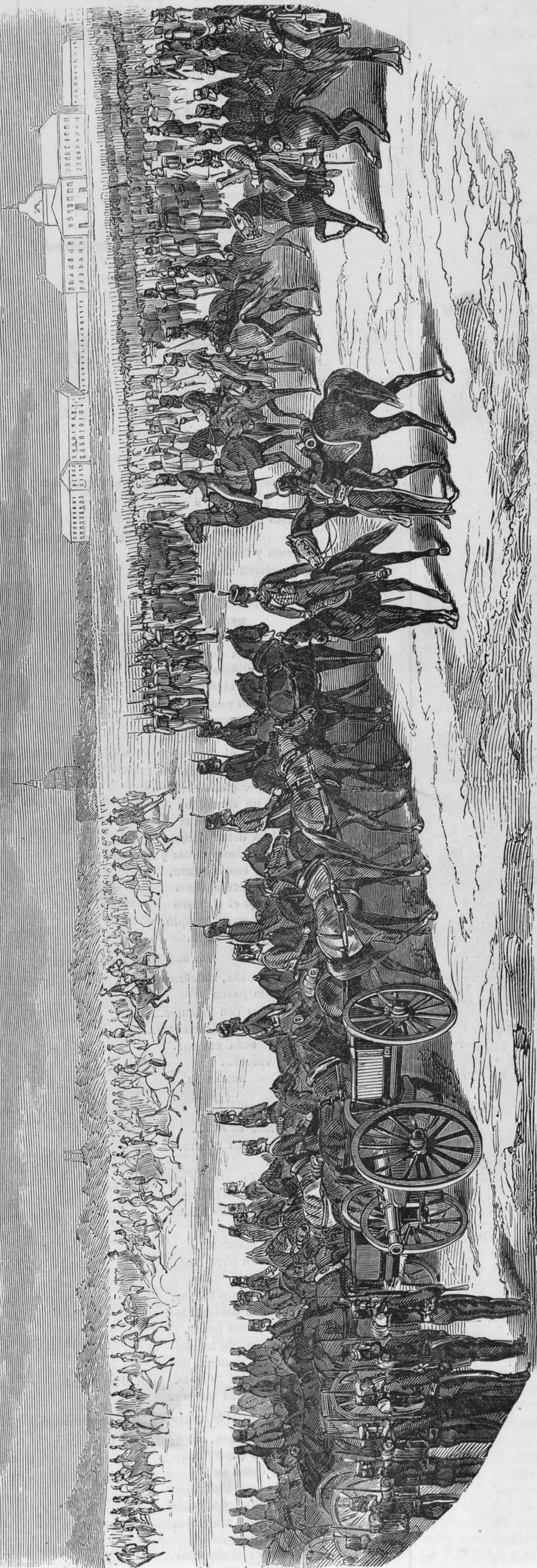
MEDIACAÑA, á don Fausto con un saludo ridículo.

¡Serveur!

DON FAUSTO, con desprecio.

¡Necio!

PEDRO DE MADRAZO.



La artillería de la guardia imperial en la revista pasada por S. M. el Emperador en el Campo de Marte, el 1° de abril de 1856.

La revista del día 1° de abril en el Campo de Marte.

Una muchedumbre inmensa asistía á esta fiesta militar. La mayor parte de los talleres estaban cerrados, los balcones de las casas estaban adornados con banderas de las naciones aliadas, á las que se había unido el estandarte ruso, y por todas partes se hacían preparativos para las iluminaciones de la noche.

El balcon de la Escuela Militar en el Campo de Marte, cubierto con un dosel de terciopelo, había sido dispuesto para las princesas de la familia imperial, entre las cuales se distinguía la princesa Matilde, para los miembros del congreso y del cuerpo diplomático, para los ministros y los altos funcionarios del Estado.

Por ambos lados de la fachada de la Escuela Militar se extendían otras tribunas para los miembros de los grandes cuerpos del Estado, los funcionarios públicos y las personas que tenían esquila de convite.

A la una salió de Tullerías el Emperador en medio de un brillante estado mayor, en el que iban el príncipe Napoleon, el conde de Reus, el conde Orloff, el marqués de Villamarina, coronel de la caballería ligera sarda, los mariscales de Francia Magnan, Canrobert, Vaillant, Baraguay d'Hilliers y Bosquet, el general Niel, el embajador de la Puerta, un cheik árabe, y muchos oficiales ingleses, austriacos, prusianos, sardos y rusos. A la una y cuarto llegó S. M. al Campo de Marte, en donde estaban formadas las tropas en el orden siguiente:

La artillería delante del puente de Jena, dando frente á la Escuela Militar;

La infantería por líneas á la derecha y la caballería á la izquierda;

El batallon de San Cyr ocupaba su puesto ordinario delante del edificio de la Escuela Militar;

Las tropas estaban sin efectos de campamento, y los ayudantes mayores á pié, como se hace en los batallones que no están organizados en pié de guerra;

Las cuatro primeras líneas de infantería se componía cada una de cinco batallones de gendarmes, granaderos, voltigeurs y zuavos de la guardia imperial;

La quinta línea, del batallon de cazadores y de los ingenieros de la guardia;

La sexta se componía de la 1ª division de infantería del ejército del Este, comprendiendo dos brigadas;

1ª brigada: 45º batallon de cazadores á pié, 2 batallones del 53º de línea y 2 batallones del 76º;

2ª brigada: 2 batallones del 2º de línea y 2 batallones del 53º;

La séptima línea estaba formada por la 2ª division,

1ª brigada: tercer batallon de cazadores, 20º y 39º de línea;

2ª brigada: 50º y 97º de línea;

La octava línea comprendía la tercera division de infantería;

1ª brigada: 12º batallon de cazadores, 3º y 77º de línea;

2ª brigada: 48º y 51º de línea;

La novena línea se componía de la 4ª division;

1ª brigada: 11º batallon de cazadores, 13º y 87º de línea;

2ª brigada : 16º y 22º de línea.
 Los batallones de la Guardia de París y el batallón de zapadores-bomberos formaban la izquierda de las tres primeras líneas de infantería del ejército del Este.
 Se habían conservado veinte metros de distancia entre la última línea de la guardia imperial y la primera línea de infantería del ejército del Este.
 La caballería formaba cinco líneas en un orden análogo al de la infantería, con un intervalo de veinte metros entre la caballería de la guardia y la de línea, y comprendía seis brigadas:
 1ª de cazadores y dragones;
 2ª de lanceros;
 3ª de coraceros;
 4ª de carabineros;
 5ª Guardia de París y gendarmería del Sena;
 6ª guías y coraceros de la guardia imperial.
 La artillería estaba sobre dos líneas; la guardia imperial formaba la primera, y la artillería de línea la segunda.

El Emperador, después de haber atravesado las columnas de infantería y de caballería por los espacios dejados á este efecto, se colocó delante del pabellón de la Escuela, y entonces principió el desfile. A las cuatro entraba el Emperador en Tullerías en medio del mismo estado mayor que le había acompañado á la salida, precedido y seguido del escuadrón de los Cien guardias.

Revista de Paris.

La Academia francesa ha ocupado mucho la atención del público en estos últimos días, primero con la recepción del señor duque de Broglie, llamado á ocupar el sillón del señor conde de Sainte-Aulaire, y luego con sus elecciones del jueves que han recaído en M. de Falloux y M. Biot, en con-

tra de los candidatos de la literatura M. Emilio Augier y M. Julio Sandeau, que se quedan para otras vacantes. Esta aversión á los escritores favorecidos por la opinión pública es achaque de todas las Academias, pero la de Francia debemos confesar que lleva su antipatía á los « hombres de letras » hasta el exceso.
 La recepción del señor duque de Broglie fué muy solemne. Asistió á ella una brillante concurrencia de hombres distinguidos, de señoras elegantes, de personajes ilustres por la gloria personal ó por el nacimiento. El señor duque ha dado con su discurso de entrada en la Academia una prueba incontestable de que si no ha figurado hasta aquí en el gremio de los literatos, á pesar de que sus amigos quieren hacer pasar sus discursos políticos y filosóficos como obras literarias y académicas, ha sido porque sus ideas y su existencia pública han impreso un rumbo distinto á sus trabajos.
 No obstante, aunque ese discurso pueda llamarse literario por la elevación y finura del pensamiento, por la elegancia de la expresión y de los giros de lenguaje, las mate-



Publicacion oficial de la firma del tratado de Paz en Paris el 30 de Marzo de 1856.

rias de que trata tocan muy de cerca á la política; las letras apenas podrian reclamar en él la apreciacion de la « Historia de la Fronda » del señor conde de Sainte-Aulaire y las elocuentes palabras con que termina, y que seguramente merecen figurar en todos los cursos de literatura.

« El honor de las letras, dijo el señor duque de Broglie al concluir, está en que no se rebajan con los espíritus, en que los llaman sin cesar y los mantienen en esas regiones elevadas donde se producen los altos pensamientos, los deseos nobles, los sentimientos desinteresados. — Las letras dignas de este nombre, las letras humanas (*humaniores litteræ*) alimentan á la juventud con ideas generosas, encantan á la ancianidad trazando á su vista los grandes ejemplos y los bellos recuerdos; apaciguan el alma en el tumulto de los negocios, la sonrien en el retiro de los campos, y semejan á la columna de fuego que guiaba á Moisés, acompañan al hombre en su viaje terrestre dándole luz y calor con sus rayos y su llama. Llámense humanas por excelencia, justamente porque asisten á la humanidad en el combate de la vida y la reaniman en sus instantes de desfallecimiento. La humanidad es ambiciosa y débil: aspira á todo y de todo se cansa, y en esto se ve su miseria y su grandeza. Su miseria, pues la cosa mas mínima la rinde; grandéza, pues el reposo la fatiga mas que el trabajo,

y la menor esperanza la da aliento para proseguir su obra. Su naturaleza, obra de Dios, vale mas que su condicion en este lugar de destierro: es el sello de inmortalidad que lleva en el corazón y sobre la frente.

» El emperador Severo, soldado africano elevado al trono de los Césares por la gloria y la fortuna, sorprendido por la muerte en York cuando llegaba de las extremidades del Asia para rechazar una invasion de caledonios, decia al amigo que inclinado sobre su lecho sostenia su cabeza moribunda:

— « Lo he sido todo y nada vale nada. »

» Y después, viendo que llegaba el centurion que todas las mañanas venia á preguntarle la palabra de orden, se incorporó y le dijo con voz firme:

— Trabajemos, *laboremur*.

» Tal fué su última palabra. — Sea tambien la mia en este instante; sea la nuestra, señores, todo el tiempo que nos dure esta vida y podamos elevar una voz oida de nuestros conciudadanos. »

M. Nisard respondió á este discurso con un elogio bastante frio del señor duque de Broglie y del señor conde de Sainte-Aulaire, el que terminó la sesion académica.

El jueves último la embajada otomana ha celebrado la conclusion de la paz con una fiesta suntuosa. Como el Sul-

tan habia asistido al baile que dió el embajador francés en Constantinopla hace dos meses, Napoleon quiso honrar tambien con su presencia la brillante soirée del ministro turco. El Emperador llegó á las diez y fué recibido en una sala contigua al salon de baile por el gran visir Aali-bajá y por Mehemet-Bey, embajador de Turquía. El gran visir llevaba el gran cordon de la Legion de Honor, y el Emperador llevaba el gran cordon de la orden de Medjidie con la placa de la Legion de Honor.

Inútil será añadir que á esta fiesta asistian todos los personajes de la corte. Entre las señoras se distinguian la princesa Matilde, la reina Cristina, la princesa Murat, la condesa de Montijo y la duquesa de Alba; hoy en las altas reuniones parisienses brilla mucho la nobleza española.

El palacio de la embajada estaba adornado á la oriental; era un jardin encantado de las « Mil y una Noches. » La fiesta se prolongó hasta las tres de la mañana.

Fuera de las regiones oficiales podríamos señalar tambien muchos bailes y reuniones del gran mundo en la semana última; pero su misma abundancia nos escusa su enumeracion detallada. Bástenos consignar el hecho, añadiendo sin embargo, que á pesar de tanto baile y tanto concierto Paris se entrega con delicias á los primeros placeres de la primavera. Nunca como ahora los Campos-Elí-

seos y sobre todo el bosque de Boulogne presentan un hermoso espectáculo. En medio del estío cuando toda la aristocracia parisiense se halla diseminada por los campos ó entregada á sus viajes, ese admirable paseo de la capital está frecuentado por otra gente, y principalmente por los extranjeros que vienen á ver París en esa estacion en que ha desaparecido todo aquello que constituye la verdadera vida de París, la vida del invierno.

Entre las grandes obras que se propuso y que lleva á cabo el gobierno actual, una de ellas es sin disputa la transformación del bosque de Boulogne destinado á ser para París lo que son los parques para Londres. Pero hay mas aun; el bosque de Boulogne no se limitará á ser un parque dibujado á la inglesa regado por un lago y cortado por un río y varios arroyuelos, todo improvisado allí en los dos últimos años, sino que no está lejos el momento en que formará parte de la gran ciudad y quedará comprendido dentro de sus murallas. Ya un ancho camino que será dentro de poco una calle intramuros con casas y árboles, la avenida de la Emperatriz, facilita su acceso á los paseantes: en el día el bosque es el objeto favorito de las excursiones parisienses, y desde este verano principiará á ser el verdadero y único jardín de París.

Y es que difícilmente se hallaría cerca de una gran capital un sitio mas propio para tal destino. Su vasta extensión, la riqueza de su suelo, la variedad de sus plantas y hasta los recuerdos históricos y literarios que despierta, hacen de él un parque maravillosamente dispuesto para ofrecer á cada cual los goces de su gusto; á las personas á la moda largas arboledas donde pueden correr de frente muchos carruajes; á los poetas y á los misántropos estrechos senderos perfumados con el aroma de las flores silvestres, retiros silenciosos donde apenas llega un eco lejano de los rumores de la ciudad elegante y tumultuosa que puebla las grandes arboledas; á los amantes de los placeres náuticos, aguas transparentes sin escollos y una flotilla de embarcaciones siempre dispuestas á recorrer el lago; por último al historiador y al letrado estudios y recuerdos en que engolfarse.

El bosque de Boulogne es muy antiguo y antes de llamarse así fué designado con distintos nombres. M. Dieudonné ha escrito una obra llena de curiosos detalles sobre esta magnífica posesion donde cuenta detenidamente su pasado, y enumera las obras ejecutadas recientemente y los nuevos embellecimientos que se preparan. En este libro notable en su género que se titula «Noticia pintoresca é histórica del bosque de Boulogne,» se habla de un gran establecimiento central que está para fundarse cerca del lago; vamos á dar aquí algunos pormenores sobre ese establecimiento que sin duda se halla destinado á representar un gran papel en la historia futura del bosque de Boulogne.

No bastaba convertir esta gran posesion en un magnífico paseo lleno de sitios variados, sino que era preciso además ofrecer lugares de descanso donde se hallaran todas esas distracciones, ese «comfortable» de la vida elegante de que no pueden prescindir los parisienses, aun en las casas de baños mas lejanas de París, y mucho menos en un parque que se hallará en la ciudad misma; esto es lo que ha sabido comprender la municipalidad, hoy encargada de los embellecimientos del bosque; pero no pudiendo emprender por sí misma la organizacion de ese centro de reposo, de placeres y de fiestas, ha confiado este cuidado á un especulador á quien ha concedido un vasto terreno conocido con el nombre de pradera Catelan, para dibujar en él un jardín y un parque, para construir pabellones y kioscos, y en fin para colocar todos los establecimientos de utilidad y de distraccion que exige allí la presencia diaria de un público numeroso y continuamente nuevo.

Una leyenda histórica y poética está unida con este nombre de Catelan que la pradera toma de un monumento vecino; la cruz de Catelan elevada entre los caminos que llaman de Bagatelle y de las Encinas al extremo del lago. Esta cruz, propiamente hablando, no es mas que una pirámide de piedras elevada á la memoria de uno de los poetas primitivos de la antigua Francia, Catelan ó quizá Catalans, cuyas canciones amorosas corren impresas en una coleccion de poetas de la edad-media. Tomamos de M. Dieudonné la explicacion del monumento y la leyenda:

«Este monumento informe, dice, se halla partido en tres pedazos, de los cuales solo queda el primero sobre un pedestal cuadrangular; en una de sus caras se ve un escudo de armas medio borrado. Llámase la Cruz-Catelan, y esta pirámide elevada á principios del siglo XIV á la memoria de un trovador provenzal asesinado en el bosque de Boulogne, ha resistido á la injuria de los tiempos y de las revoluciones. Hoy que Longchamps está destruido, si se exceptúa la portada de la iglesia de Auteuil, la Cruz-Catelan es el monumento mas antiguo del bosque de Boulogne y de sus cercanías. El crimen cuyo recuerdo perpetúa ese monumento recuerda un crimen célebre en los antiguos fastos de la Grecia, el asesinato del poeta Hibico. Poeta como Hibico, Catelan fué asesinado como él en un bosque, y en ambos casos una circunstancia providencial hizo descubrir y castigar á los delinquentes.

«Era bajo el reinado de Felipe el Hermoso: en tanto que en la corte de Francia se ocupaban en las contiendas con el papa Bonifacio y en los procedimientos contra los templarios, en la Provenza y bajo la inspiracion de Beatriz de Saboya, mujer del último conde Raimundo Berenger, todo respiraba amor y poesía. En la corte de Beatriz brillaban los mejores poetas, los primeros trovadores, todos hábiles campeones de las cortes de amor, todos adeptos de la gaitería. Entre los suspirantes de la belleza se distinguía Arnoldo Catelan que con sus tiernas endechas se habia hecho célebre en todos los castillos de la Provenza.

«Su fama llegó hasta la corte de Felipe el Hermoso. El rey, especie de Saul ávido y cruel, se prometió sin duda

que los sonidos de una lira darían calma á su espíritu y distraccion á sus inquietudes, y por medio de brillantes ofertas trató de poseer en la corte de Francia al trovador provenzal. Beatriz permitió á su poeta que marchara al lado de Felipe, y Catelan dejó el teatro de sus primeros triunfos, su querida y hermosa Provenza que no volvería á ver nunca.

«En las puertas del bosque de Boulogne, que era entonces un abrigo de malhechores y asesinos, el poeta encontró una escolta; algunos hombres de la guardia del rey tenían orden de acompañarle, pues Su Majestad se hallaba á la sazón en su castillo de Poissy.

«Catelan entra con su escolta bajo las sombrías alamedas, seguido de un criado que parecia llevar consigo una porcion de objetos preciosos. El poeta en medio de su júbilo comete la indiscrecion de declarar que aquellos objetos son presentes destinados al rey. A estas palabras los hombres de la escolta se miran, se comprenden; acaba de pronunciarse la pérdida del viajero. Sin embargo, Catelan sigue entregado á sus ideas de felicidad, de amor, de poesía; piensa en las heldades de la Provenza y en la gloria que le espera en la brillante corte. Pero ¡ay! el sol del día siguiente no brillará para el pobre trovador; mañana su voz estará muda, su lira hecha pedazos: los que debían protegerle y defenderle le rodean, le dan de puñaladas y se arrojan sobre sus despojos.

«Solo entonces comprenden y consideran con terror que han cometido un crimen inútil, pues en vez del oro y las alhajas que codiciaban hallan licores provenzales y perfumes sin valor. Al otro día los asesinos se atreven á presentarse en la corte, diciendo que Arnoldo Catelan no habia acudido á la cita. El rey se sorprende, se alarma, manda que se le busque, y en breve el cadáver del poeta se encuentra entre unas matas en el bosque. Ahora habia que descubrir á los asesinos; mas en vano se quisieron aclarar los misterios que encubrían este crimen tenebroso; nadie se atrevia á sospechar de los hombres elegidos por el príncipe, pero ellos mismos se vendieron. Primeramente algunas palabras que soltaron en la embriaguez llamaron la atención de muchos, y luego el capitán se presentó un día delante del rey llevando en el pelo un perfume que solo se fabricaba en la Provenza. Además se habia sabido por Beatriz que Catelan era portador de presentes enviados al rey por la condesa de Provenza. Así aparecieron los primeros indicios del crimen, y en breve un registro practicado en casa del capitán puso en manos de los agentes del rey pruebas convincentes del delito. Los culpables fueron quemados vivos, y Felipe el Hermoso consagró á la memoria del infortunado trovador esa pirámide que seis siglos y veinte revoluciones no han destruido aun enteramente.»

El establecimiento que se prepara en ese sitio funesto tomará probablemente el nombre de «Pré Catelan.» Un gran jardín donde habrá las flores, las plantas y arbustos mas raros ofrecerá á los paseantes una verdura eterna en verano lo mismo que en invierno. Accesible á todo el mundo, á pie, á caballo y en coche, el «Pré Catelan» no se limitará á tener su café, su fonda, su lechería, su fábrica de cerveza, sino que tendrá su salón ó su kiosco de concierto, donde la música se hallará en cierto modo en permanencia; habrá todos los juegos conocidos y se tratará de inventar algunos nuevos, sin que falte, por supuesto, la sala de lectura donde los periódicos, las revistas y los últimos libros se hallarán á la disposición de todo el mundo. El precio de entrada será módico. De tiempo en tiempo se darán allí grandes fiestas de día y de noche, torneos, conciertos y hasta representaciones teatrales, y además habrá galerías de cuadros y exposiciones constantes de objetos de arte. Con estos elementos que enumeramos bien á la ligera, se abrirá según parece en el verano próximo este establecimiento único en el mundo.

MARIANO URRABIETA.

Carta sobre el Egipto

ESCRITA AL «DIARIO DE LOS DEBATES» POR BARTOLOMÉ SAINT-HILAIRE, MIEMBRO DEL INSTITUTO.

Assuan.—Alto Egipto, 6 de diciembre de 1855.

Al partir para Egipto con M. de Lesseps y la comision internacional, os prometí escribiros sobre el país que iba á recorrer en compañía de los sabios ingenieros que deben resolver la gran cuestion de la abertura del istmo de Suez. Cumplo hoy mi promesa, y sin hablaros de los monumentos portentosos que han sido descritos cien veces mejor de lo que podría hacerlo, me detendré especialmente en el exámen del estado social de Egipto.

La comision internacional llegó el 18 de noviembre á Alejandria, partió por el ferro-carril al Cairo el 23 y fué recibida por el virey en el campo fortificado de Saïdich. Mohamed-Said suplicó á la comision que se ocupase, además de la abertura del istmo de Suez, de diversos proyectos que medita para el interior del país, y que examinado el curso del río hasta la primera catarata, indicara el punto mas conveniente para construir un portazgo. Durante esta expedicion he podido convenirme de que los árabes y fellahs que pueblan este país constituyen una raza distinguida, y en cuanto á lo físico son en general bien formados, robustos y sobrios, pero que la riqueza del clima, que satisface sus necesidades casi sin ningun trabajo, unida á la fatal religion que profesan, los ha enervado completamente. Una suave temperatura, y unas cosechas casi fabulosas han originado esa pereza cudémica que los tiene sumidos en un estacionamiento social de cuarenta siglos. El fellah es en el día lo que hace cuatro mil años, y los *shadoufs*,

máquinas para sacar agua que se ven á cada paso en las orillas del río, son exactamente las mismas que vemos representadas en las pinturas geroglíficas. Esta inmovilidad, esta indiferencia por las mejoras es el carácter general del fellah, que por otra parte no carece de inteligencia. Todos los instrumentos de que se sirve son muy bien adecuados á los usos á que se aplican, pero tienen un no sé qué de primitivo y salvaje. El fatalismo mahometano no era el mas á propósito para mejorar tan lastimosa predisposicion impresa profundamente por la raza y por la naturaleza; mas no es esta únicamente el mal principal que ha acarreado á Egipto el islamismo, sino que ha corrompido además sus costumbres de una manera tal vez irremediable, y mas milagroso fuera de parte del gobierno el corregirlas que inspirar al pueblo la actividad y el espíritu de industria que le falta.

Al recorrer este país cubierto de magníficos monumentos y soberbias ruinas, lo primero que llama la atención del viajero es el aspecto miserable de todos esos hombres que se ven sin cesar en las orillas del río, y de esas mujeres medio tapadas por un manto, que se distinguen de vez en cuando en las aldeas y cerca del agua, cuando van á lavar la ropa con sus piés. Todos van envueltos en harapos, y á excepcion de algunas personas, empleados ó artesanos ricos, no se ve un traje que no sea un andrajo arreglado con frecuencia á manera de una toga romana. El uso del calzado es casi desconocido, y todo lo mas llevan viejas chinelas que no cubren el talón y que sin embargo no estorban al parecer sus piernas incansables. Las casas corren parejas con sus vestidos; las mejores, aun en el Cairo, ciudad de 300,000 almas, parece que están á punto de desmoronarse, y en las aldeas ó en las ciudades de provincia son todas de tierra, porque la madera de construccion es un objeto casi desconocido. Construidas de ladrillos secos al aire ó adobes, tienen un exterior sombrío que el sol no puede alegrar en los angostos callejones destinados á templar sus ardores, y por lo general no tienen mas que el piso bajo. La mayor parte solamente son albergues pasajeros, donde están muy poco durante el día y donde apenas se descansa la noche. Carecen de muebles cuyo valor obligue á cerrarlas. Los animales duermen en el campo como sus amos en un clima donde nunca llueve, y la casa solo sirve de refugio á las mujeres y á los niños de pecho.

En esta poblacion casi desnuda, los niños de tierna edad inspiran especialmente mucha lástima, pues son de naturaleza generalmente mezquina y enfermiza, y no se comprende como estos abortos pueden convertirse en los jóvenes y hombres robustos, cuya ligereza y hasta elegancia causa la admiracion de los viajeros. Para complemento de la desdicha de estos pobres seres, una preocupacion general impide á las madres que laven sus hijos hasta la edad de ocho ó nueve años, y no quieren tampoco, por otra preocupacion aun mas extraña, ahuyentar las moscas de su rostro, y todos los niños que se ven están literalmente acrobillados por estos insectos. A cierta distancia su rostro desaparece bajo una nube de moscas que por su número y tenacidad deben causar verdaderos estragos. En mas de una ocasion hemos logrado ahuyentar por algunos segundos del rostro de los niños unos huéspedes tan insufribles, y algunas madres llegaron á imitarnos, pero era la primera vez que en su vida se tomaban indudablemente este cuidado por condescendencia al extranjero; y no volverán á hacerlo jamás, contenidas por una supersticion inexplicable mas bien que por el descuido.

A pesar de su miseria, el pueblo egipcio no es sucio y el clima contribuye á mantener su limpieza. Nunca se ven inmundicias en las calles de las aldeas mas oscuras, y como la lluvia no las moja nunca y el estiércol es inútil en este país, pues el Nilo lo proporciona todos los años, no se percibe ningun hedor, y ni aun los palomares, que son innumerables, lo exhalan. Diríase que el calor lo purifica todo; el termómetro señala hoy, 7 de diciembre, á la sombra, 26 grados Reaumur (35 centígrados), y no obstante esta atmósfera abrasada casi no incomoda, merced á la frescura de las noches y de las mañanas, y nuestro sueño es tranquilo á pesar de hallarnos á algunas leguas del trópico. Cuando á las dos de la tarde nos abrasa el sol sobre la cubierta del barco, no podemos menos de admirar á los fellahs que bajo los rayos de un sol, que no templana ninguna nube, continúan el trabajo monotonó y cansado de sus *shadoufs*.

Es verdad que no llevan mas que un calzon que apenas cubre una pequeña parte de su cuerpo, cuando no van con mas traje que el que les dió la naturaleza, pero se necesita una robustez poco comun para resistir tan rudo trabajo con semejantes condiciones. La antigua comision de Egipto calculó que un *shadouf* manejado por un hombre de fuerza ordinaria puede sacar del río 50 litros de agua por minuto. Por lo que hemos presenciado, creemos que el cálculo no es exagerado. Este método es desde tiempo inmemorial el mas usado para el riego, y si se añaden los *sakiens*, que son unas ruedas con rosarios de cubos de barro puestas en movimiento por animales, tendríamos todos los procedimientos artificiales de que se sirve el fellah lo mismo que sus antepasados para secundar y aumentar la accion benéfica de su río. Los *sakiens* solo están en movimiento por la noche, haciendo oír en medio de las tinieblas el ruido quejumbroso de sus ruedas, que parecen atestiguar que los animales no son tan capaces como el hombre de arrostrar los rigores de este clima abrasador. Estamos en medio del invierno; las aguas siguen aun á bastante altura, pero cuando el río haya bajado doce ó quince piés mas, el riego será mucho mas penoso á medida que lo

exija con mayor necesidad una estacion mas calorosa.

Estas son las pruebas incesantes del trabajo que veo en las mismas orillas del rio. Si dirijo mis miradas á las interminables obras del terraplen que son indispensables no tan solo para las grandes demarcaciones entre las aldeas y para las acequias y canales, sino tambien para el cultivo particular de cada campo, no vacilo en decir que á pesar de las apariencias y de la tendencia natural á la pereza, el fellah trabaja mucho, verificándolo con instrumentos imperfectos que él mismo fabrica por lo regular. Su arado se compone aun de dos simples pedazos de madera, raras veces armados de hierro, como debian ser en el siglo semifabuloso de Menés y en tiempo de Abraham. No se conocen los carretones ni las palas; los fellahs excavan y trasladan con mucha frecuencia la tierra con sus manos, y á lo mas con el auxilio de algunos cestos de hoja de palmera que se colocan sobre el hombro.

Así les he visto trabajar en el campo de César en las excavaciones que se les mandaba; no sé si habia tres ó cuatro azadones para abrir la tierra y las ruinas del palacio, los demás cargaban los cestos con sus manos, y corriendo siempre con gritos de alegría, iban á vaciarlos, á la orilla del mar á medio kilómetro de distancia. La brisa los refrescaba sin duda, pero toda aquella multitud estaba alegre y ligera bajo un sol que la decoraba sin abatirla. He observado casi el mismo método y el mismo ardor en los almacenes del camino de hierro y en los desembarcaderos, donde estos hombres robustos llevan con ligero paso enormes cargas sostenidas por una cuerda, de lo cual deduzco que el fellah se resiste enérgicamente de la accion de su clima, y que seria capaz de mayores cosas con una buena direccion y si pudiera reformar bajo un gobierno benéfico é ilustrado sus instituciones y costumbres. La condicion de este nunca ha sido tan buena como en el dia: ¿será mejor en el porvenir? Así lo espero: el celo del gobierno egipcio ha de hacer sin embargo esfuerzos inmensos para cambiar un estado de cosas que no han podido modificarse durante siglos las revoluciones políticas mas completas y las mas diversas y repetidas invasiones.

La principal desdicha del fellah consiste en no tener, por decirlo así, propiedad ni familia. ¿Cómo puede subsistir una sociedad sin estas bases que nos parecen absolutamente indispensables? No trataré de explicarlo; mas confundir todas las aglomeraciones humanas bajo una denominacion comun es un error, y creo que no puede decirse bajo el sentido limitado en que la entendemos que este país haya tenido una sociedad verdadera, á pesar del despotismo de los Faraones y la celebrada ciencia de los sacerdotes egipcios.

El Génesis atestigua que la hábil política de Josef adquirió para el Faraon á quien servia todas las tierras de Egipto en dos años, quedando este monarca dueño de las propiedades á excepcion de la parte asignada á los sacrificadores que vivian á expensas del tesoro real; de modo que la propiedad territorial fué abolida en Egipto cerca de dos mil años antes de la era cristiana, siendo el Estado el único poseedor y el pueblo un usufructuario.

El testimonio de Herodoto cuatro siglos y medio antes de nuestra era, y el de Diodoro de Sicilia en tiempo de Augusto, están enteramente de acuerdo con la Biblia. Los conquistadores griegos y romanos respetaron este monopolio del Estado, y el islamismo, que erigia en todas partes como dogma religioso la soberanía universal y absoluta del jefe de los creyentes, lo hubiera establecido sino lo hubiese estado ya desde los tiempos mas remotos.

Esta organizacion de la propiedad, por monstruosa que nos parezca, tiene por consiguiente en este país la sancion de los siglos y el consentimiento inveterado de sus habitantes. En la actualidad, este estado es casi lo mismo, con la única diferencia de existir entre el virey y el sultan cierta especie de compromiso; este sigue titulándose propietario legal de la tierra, por lo cual recibe el tributo que se le paga, y el virey es el censatario y heredero desde el *hatti-sherif* de 1841, resultado de la victoria de Nezib. El virey delega la facultad de explotar la tierra á sub-arrendatarios, pero en Egipto no hay otro propietario del territorio, exceptuando algunas raras concesiones personales hechas en diversas épocas por el Gran Señor y por firmanes especiales, como tambien algunos bienes pertenecientes á las mezquitas.

De estos hechos se desprende una consideracion gravísima, que no debe perderse de vista cuando se trata de juzgar con equidad la conducta del gobierno egipcio en estos últimos años; que no se han de pesar sus actos con la balanza de nuestra civilizacion, y que se han de aplicar á los precedentes que consagraban todos los usos y todas las tradiciones de esta comarca; de modo que considerados bajo este aspecto, parezcan muy distintos de lo que han creído observadores superficiales ó apasionados.

Fácil es comprender que entre este gran propietario, único para una extension tan vasta, y los últimos eslabones de la cadena que llega hasta el pobre fellah, existe una multitud de posesiones intermedias que dependen á la vez del príncipe y del contribuyente. Recuérdense los abusos que reinaban en nuestro régimen feudal, y lo que pagaban bajo todas formas los villanos por su servidumbre corporal, y sus tributos; pero un régimen con tanta razon detestado en Europa, hubiera sido tal vez aquí un beneficio inmenso, comparado con las exacciones escandalosas de que siempre han sido víctimas las aldeas, y por consiguiente los fellahs.

Uno de los cuidados de Mehemet-Alí, del mismo Abbas-baja, y especialmente de Mohamed-Said ha sido

aligerar las cargas de la poblacion, poniéndose con ella en el mayor contacto posible y suprimiendo todos los medios costosos é inútiles de la administracion. La mayor parte de las aldeas, no puedo decir municipalidades, estaban constantemente atrasadas en sus cuentas con el Estado, y Mohamed-Said les perdonó al subir al trono todo lo que debian al Tesoro público para liquidar un pasado tan complicado y molesto; generosidad muy laudable que le costó sumas enormes, pero que deja respirar á los pobres labradores y abre á las aldeas un porvenir de orden y de economía hasta el presente desconocido. Mohamed-Said ha concedido además á los fellahs la facultad de vender sus productos á quien quieran, despues de haber satisfecho el impuesto, derecho que no gozaban reinando Mehemet-Alí, lo cual conduce á crear fácilmente propietario, como ya lo está acreditando la experiencia. Esta reforma será perjudicial al virey, cuyo mérito principal consiste en haberla hecho espontáneamente, pero que es altamente favorable al país.

La falta de propiedad territorial es indudablemente una dolencia social gravísima que desde tiempo inmemorial está padeciendo el Egipto, y cuya curacion le costará muchos años y prolongados esfuerzos; pero existe otra mas temible aun y probablemente tan antigua: si el Egipto ignora lo que es la propiedad, tampoco conoce la familia.

Vais á juzgarlo. Podrá dudarse de lo que sucedia reinando los Faraones y los Ptolomeos, pero como me refiero al estado actual de cosas, á lo que está á vista de todo el mundo, aunque el cuadro que voy á bosquejar sea repugnante y doloroso, no deja de ser enteramente exacto.

El matrimonio no es de hecho en Egipto mas que una transaccion individual que se considera, por decirlo así, lo mismo que todas las demás, como la compra ó venta por ejemplo. Preciso es hacer la justicia al Coran de que encierra prescripciones multiplicadas y minuciosas sobre este asunto, pero además de ser insuficientes para arreglarlo, han sido y son aun mal entendidas y aplicadas. La ley fija la mayor edad por ambos sexos en los quince años, lo cual puede salvar al ménos á las mujeres, pero ni aun esta prescripcion se observa con rigor, pues basta que una niña de nueve años y un muchacho de doce afirmen bajo juramento que han llegado á la pubertad para que sus padres puedan disponer de ellos y casarlos á pesar de ser menores. La costumbre exige que se casen sin conocerse mutuamente, y esta costumbre extraña no tiene mas excepciones que las inevitables. En las aldeas pobres y de escasa poblacion es difícil que los esposos no se hayan visto, porque los niños se educan juntos como en una gran familia, y el número de los pretendientes es muy limitado para ambos sexos, pero en todos los demás casos, nunca se ven los esposos hasta que se casan. El padre ó la madre del joven van á ponerse de acuerdo con el padre ó tutor de la doncella, y se estipulan tan solo dos puntos, la cantidad de la dote que el suegro da á su nuera y la viudedad que se la asegura si llega á ser repudiada.

Hecho este arreglo, se presentan al cadí, si lo hay en la localidad, y en su defecto, á un hombre que sepa leer y escribir, aunque no esté revestido de ningun cargo legal, y se extienden por escrito, como dirian nuestros aldeanos, las capitulaciones acordadas. Se buscan testigos, á los que no se exige que sepan firmar, cosa muy rara en este país, y ocho dias despues se reúnen los esposos con los preliminares que todo el mundo sabe y que no debo repetir. Unos son inocentes y bastante pueriles, de lo que es fácil convencerse viendo en las calles del Cairo esos singulares cortejos en que la novia es conducida á los baños por sus parientas y amigas, herméticamente encubierta de pies á cabeza: y otros tienen un carácter que ni aun me atrevo á indicar, mas que no deben sin embargo olvidarse, porque constituyen una de las costumbres especiales del país. Remito á los lectores, que tengan tal vez curiosidad de saber estos pormenores, á la obra de M. Clot-Bey, capítulo del matrimonio.

Como este no recibe casi ninguna sancion, se puede por consecuencia necesaria disolver tan fácilmente como se ha contraido: basta el consentimiento mutuo, y que no falta nunca por parte de la mujer á quien atemorizan los malos tratamientos, consecuencia infalible de una negativa. La separacion es muy diferente del enlace; el dote, que es insignificante entre las clases pobres, se devuelve fácilmente, se señala una pension para los hijos, si es posible, y se pasa á segundas nupcias. Este segundo matrimonio está sometido casi á las mismas formalidades que el primero, con la única diferencia de que los casamenteros ponen en este caso en relaciones á los futuros esposos y estos se casan tambien sin haberse visto. La dote y las arras son naturalmente ménos para una viuda de uno ó varios maridos que para una soltera. Si la mujer llega por casualidad á negar su consentimiento, es entonces preciso pleitear ante el cadí, y para alcanzar el divorcio legal, basta probar que la mujer adolece de alguno de los defectos previstos por la ley. Si la desdichada es acusada y convicta de que ronca por ejemplo, es repudiada con derecho; y ya podeis figuraros que no será muy difícil probar defectos de tamaña gravedad.

El divorcio se efectúa, pues, con una facilidad deplorable, y es muy comun encontrar hombres de las clases ínfimas, que forman casi la totalidad de la poblacion, que se hallan en su trigésimo ó cuadragésimo matrimonio, pues el número de los divorcios es proporcional á la mayor ó menor riqueza que se disfruta. En las clases superiores es por el contrario casi desconocido el divor-

cio, pero advierto á pesar mio que no consiste en su mayor moralidad, sino en su mayor riqueza. En primer lugar ¿para qué divorciarse cuando legalmente pueden tenerse hasta cuatro mujeres legítimas, sin hacer mencion del haren que es ilimitado, y se cuenta con medios para mantenerlas? Repudiando á su mujer, se crearian tal vez en su familia enemigos temibles y protervos á defenderla, y seria preciso además pagar su dote que podria ascender á una cantidad respetable. La conservacion para ahorrarse tantos disgustos y se la destierra al secreto impenetrable de su habitacion, donde no es fácil que pueda incomodar á su señor, mas donde por otra parte abriga la esperanza de atraerle otra vez á su cañño. Así pues, las clases elevadas no se divorcian porque no lo necesitan; pero no respetan el matrimonio aunque no rompen sus lazos. Los que no pueden sostener un serrallo, lo suplen en su pobreza con el cambio, y la depravacion es casi igual en los pobres y en los ricos.

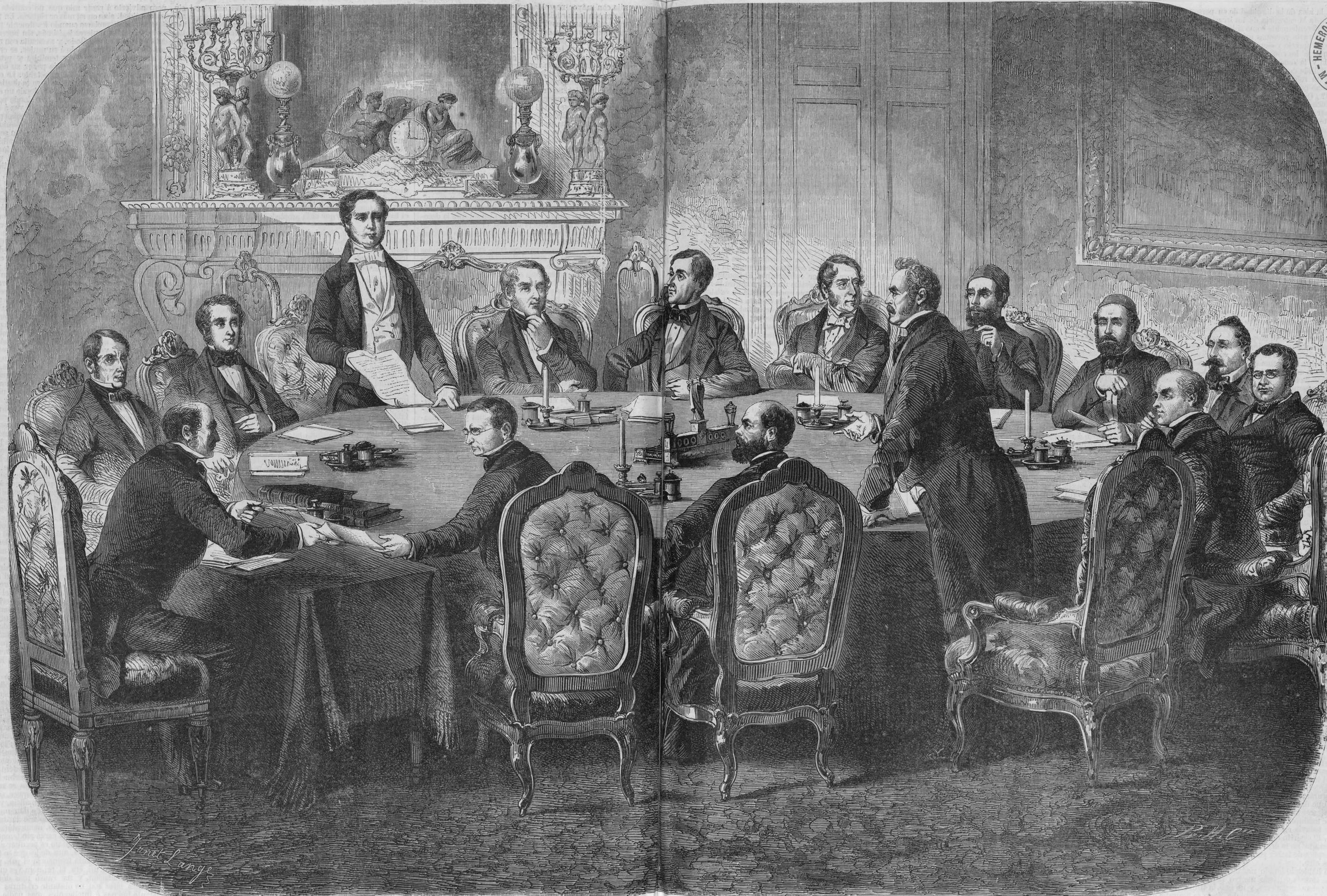
A estos desastres morales sancionados por el uso, la ley añade otro nuevo: todos los hijos son indistintamente legítimos, ya nazcan de una concubina, ya de una esposa, todos heredan con igual derecho los bienes paternos, y las particiones son iguales como en Francia entre los hijos reconocidos por el Código, si es permitido comparar nuestras venerandas leyes con estas bárbaras costumbres. Aun mas; basta que en los enlaces fortuitos de ambos sexos, ménos frecuentes aquí que entre nosotros, se diga á la mujer, cualquiera que sea, que se la toma por esposa, para que el hijo que nazca de esta union pasajera sea tan legítimo como todos los demás.

Ya podeis figuraros qué puede ser la familia en medio de esta depravacion y de tantos excesos. Mi pluma se niega á bosquejaros unos pormenores que tan penoso os seria oírlos como es para mí escribirlos; pero debo llegar hasta el fin ya que he principiado, y á pesar de mi dolorosa angustia, añadiré un rasgo que yo mismo he presenciado. Cuando desembarcamos ayer en la isla de Elefantina, nos vimos rodeados por un centenar de muchachos que venian á ofrecernos la venta de objetos insignificantes; casi todos ellos iban enteramente desnudos, y las niñas, aunque no del mismo modo, solo llevaban un ligero vestido. Algunas de ellas sostenian en sus brazos ó mas bien, sobre el lado izquierdo, niños de muy tierna edad, los cuales eran hijos suyos, como nos hemos asegurado, á pesar de que la mayor parte de esas madres no tenian doce años. No les preguntamos su edad, porque nadie la sabe en un país donde no existe el derecho civil, pero pudimos calcularla por su estatura, su fisonomía y sus ademanes, y creo que no nos hemos engañado en nuestro cálculo.

Esta disolucion de las costumbres no es un resultado directo del islamismo, pues este la encontró, cuando conquistó el Egipto, lo mismo que la destruccion de la propiedad. Consta por los testimonios históricos sacados de los jeroglíficos que la poligamia era permitida bajo el reinado de los Faraones lo mismo que en el dia, constando además que todos los hijos eran legítimos, cualquiera que fuera la madre de que procediesen; á pesar de la pretendida sabiduría que tan gratuitamente concedia la Grecia á una antigüedad que tan poco conocia, creo que no calumnio al Egipto al decir que sus costumbres valian aun ménos cinco mil años hace que en la actualidad. ¿A qué profundidad no habrá llegado el mal en el transcurso de tantos siglos? ¿Será el estado normal de este pueblo lo que nos parece una degradacion de la naturaleza humana? El cristianismo no pudo establecerse en una comarca cuyas creencias y tradiciones eran tan opuestas á las que en ella dominaban, mas no es cierto, como se ha asegurado, que el mahometismo diera á este pueblo nuevas costumbres, encaminándolo á un nuevo destino. A pesar del santo fervor de los solitarios de la Tebaida, la fé cristiana hizo pocos prosélitos en torno suyo. Al importar Omar la poligamia y el monopolio del Estado, no introdujo nada nuevo; el Egipto se habia adelantado de muchos siglos al islamismo, y esta religion fué bajo mas de un concepto para este país, lo mismo que para todo el Oriente idólatra, un beneficio y un progreso verdaderos, pues sustituyó con la unidad de Dios las mas asquerosas supersticiones.

Creo además que puede encontrarse en este estado material y moral de la poblacion egipcia la explicacion de un hecho que se presenta aquí por todas partes al viajero, causándole tanta impresion como la miseria, y el cual consiste en la carencia en cierto modo infantil de toda dignidad personal. Este pueblo casi mendiza en masa y no siente la menor humillacion en alargar la mano. De la boca de los hombres, mujeres y niños, no sale mas que una palabra: *Bakshis, bakshis*; la turba os asedia con su importunidad, os rodea, os hostiga, os detiene el paso con una pertinacia mas pueril que incómoda, y cuando el *chauz* que os precede quiere libertaros de ellos, valiéndose del palo ó del *kourbuche*, especie de látigo que lleva en su mano, todos se separan ó huyen para volver al punto instantes despues, sin mas reserva, pero al mismo tiempo sin mas malicia, y hasta los mismos que han recibido el golpe no dan muestras de indignacion ni de dolor; únicamente tardan mas que los otros. Diríase que son mosecas, momentáneamente ahuyentadas, que vuelven á la carga sin temor y sin vergüenza. Ya sé que este rasgo no es peculiar al Egipto, y que en mas de un país, aun de los que se llaman civilizados, se usan con tanta frecuencia el palo y el látigo; pero respecto á mí, era la primera vez que presenciaba tal degradacion, y me causó mas dolor que sorpresa. Estos seres son no obstante criaturas humanas, bastante buenas é inteligentes, mas nadie les in-

(Véase la página 266.)



Lord Cowley.

Lord Clarendon.
M. Benedetti, secretario.

Conde Walewski.

Baron de Bourqueney.
Baron de Manteuffel.

Baron de Hubner.

Conde de Hatzfeld.

Conde de Buol.

Conde Orloff.

Aali-baja.

Mehammed Bey.

Baron de Brunnow.

Marqués de Villamarina.

Conde Cavour.

culca la idea de la dignidad de su persona, y rebajados casi hasta la categoría de los irracionales, se dejan tratar indiferentemente como si lo fueran. Los chaucees son por otra parte personas muy bienhechoras y solo nos merecen aprecio y simpatía. No abusan del poder absoluto que se les concede, y cuando han agotado la paciencia y la generosidad, recurren sin exaltarse al medio infalible de que disponen, lo mismo que si gobernasen un rebaño indisciplinado.

¿Cómo pueden curarse los males que acabo de indicaros? ¿Qué manos firmes á la par que delicadas, qué instituciones poderosas á la par que hábiles podrian cicatrizar estas llagas y dolencias tan inveteradas? Fuera una temeridad indicar un remedio bastante eficaz y proponer un acertado plan de curacion, pero si diré que me parece innegable que la reforma mas bien que moral debiera ser administrativa y enteramente material. El ejército, por cuyo excesivo incremento se ha culpado á los vireyes de Egipto, es una de las mas vastas y enérgicas escuelas de civilizacion de que pueden disponer, y hacen bien de añadir otras no menos influyentes; pues el ejército, además de ser aquí un instrumento indispensable de paz interior, acostumbra á la disciplina, al orden, al aseo y al sentimiento del honor á cuantos viven bajo sus banderas. La necesidad de la quinta, por dura que sea en el día, acarreará paulatinamente la formacion del estado civil. Ya no se nacerá ni se morirá en este país como nacen y mueren los animales mas viles, y se aprenderá que una criatura humana no debe venir é irse del mundo sin que para nada se le tenga en cuenta.

Pero si la disciplina militar puede ejercer aquí tanta influencia en los hombres, como sucede hasta en nuestro país, ¿quién cambiará y mejorará la condicion de las mujeres? ¿quién las rescatará de su abyeccion inexplicable, en la que llegan á perder hasta el sentimiento y el instinto natural de la maternidad? Aparto mis ojos con vivísimo dolor de este cuadro, y digo tan solo que la civilizacion cristiana seria altamente culpable si no secundara con todo su poder los esfuerzos que hace un país musulman para librarse de las dolencias morales que lo devoran. Tal vez esmas difícil regenerar el Oriente que tomar una fortaleza como Sebastopol, y mas arriesgado aun salvarlo de sí mismo que de sus enemigos. Uno de los medios mas seguros seria atraer á este país la presencia y los capitales de los pueblos civilizados, y prestar apoyo á las empresas parecidas á la que está examinando actualmente la ciencia europea. La abertura del istmo de Suez, á parte de su propia importancia, tendrá sobre todas las demás la inmensa ventaja de establecer en Egipto una corriente continua de civilizacion; y el contacto perpetuo y necesario de nuestras artes, de nuestra industria, de nuestras personas, y hasta puede decirse, de nuestra superioridad moral, ejercerá la mas favorable y decisiva influencia. No puede negarse que el Egipto ha hecho por sí solo notables progresos en el espacio de veinte años; así lo demuestra la seguridad completa que disfrutan en este país los viajeros, los cuales pueden recorrerlo hasta los confines del Soudan, á doscientas cincuenta leguas de Alejandría, sin temer ningun peligro. — Ayer mismo vimos partir sin el menor recelo, aunque con el sentimiento que causa al cariño una ausencia, á dos amigos nuestros que van á seguir el curso del Nilo hasta la segunda catarata. — La Europa hará por consiguiente mal en desesperar del Egipto, bastará que le tienda una mano amiga y protectora para que fecundice en su seno una multitud de gérmenes preciosos que existen aun en él y que no han podido destruir tantos siglos de degradacion y desventura.

VALERIANO.

(Continuacion.)

Valeriano se preguntaba si despues de la terrible leccion que acababa de recibir, la confianza no seria una locura. Puesto que la condesa habia justificado la mala opinion del abate Pascal, ¿porqué este á su vez no mereceria tambien el severo fallo de la condesa? ¿Qué razon tenia para creer en la amistad mas que en el amor?

Sin embargo, una voz secreta le decia que abria su alma á las sugerencias de la impostura, y le avergonzaba por cada una de sus dudas. Pero ¿qué pueden los esfuerzos de la conciencia contra las convulsiones furiosas de la pasion en delirio? ¿Y cómo dejarse guiar por el instinto en el momento en que el instinto acaba de perderlo todo?

Seguramente la verdad tiene su carácter y sus síntomas que deben hacerla reconocer; pero solo unos ojos perspicaces pueden distinguirla. Valeriano carecia de la doble madurez de la edad y de la experiencia, y se hallaba todavia en el período del asombro y la exajeracion. El espíritu del hombre obedece á una ley de oscilacion que no le deja hallar su aplomo sino lentamente y despues de haber pasado y repasado de una extremidad á otra.

No habiendo tenido nada con el comandante, Valeriano carecia de todo motivo para poner en duda su benevolencia y afecto, y no habria titubeado en apelar á él si la ocasion se presentaba. Pero se figuraba que el viejo militar ignoraba todo lo relativo á las agitaciones

del amor y no podia tener un remedio para males que no conocia.

Además, preciso es decirlo, aun cuando hubiese podido hallar un confidente simpático y seguro, ciertos escrúpulos inherentes á las naturalezas nobles le hubiesen hecho aun guardar el secreto.

El alma tiene su pudor y la repugna mostrar sus desfallecimientos. Hay tambien un sentimiento complejo, mezcla de delicadeza y altivez que se podria llamar la honra del amor, que prohibe entregar al odio y al desprecio ageno lo que fué objeto de nuestra ternura y entusiasmo.

Valeriano se veia, pues, obligado á llevar solo el peso de su tristeza. Huia las distracciones en vez de buscarlas y se complacía en el aislamiento: habriase dicho que temia ser incomodado en el trabajo de su sufrimiento.

Pasaba la mayor parte del día lejos de la Casa-Florida. Unas veces se iba á sentar en un sitio apartado de la bahía donde se quedaba horas enteras fijando negras miradas en aquellas orillas huérfanas de su felicidad, evocando la imagen de sus esperanzas muertas, oyendo el gemido de sus recuerdos; otras marchaba por los campos al acaso, precipitando su andar como para sustraerse al imperio de sí mismo, y otras se lanzaba por las rocas subiendo y bajando alternativamente costeano los precipicios, comprometiendo su vida con placer y buscando el reposo en la fatiga. Cuando el tiempo estaba malo solia tomar una barca, y tendido en su fondo con los ojos fijos en las nieblas, se dejaba columpiar por las olas, ó bien montado en un caballo fogoso, corria por la orilla galopando contra el viento que le lanzaba á la cara torbellinos de espuma. Entónces en el extravío de un entusiasmo salvaje, mezclaba sus gritos con los mugidos de las olas desencadenadas, y reuniendo el tumulto de su alma á las agitaciones de la naturaleza, tomaba para exhalar su dolor la voz de la tormenta.

De vuelta en casa se encerraba en un silencio profundo y asistia á la vida de la familia sin ser partícipe de ella. Indiferente á todo cuanto le rodeaba parecia que habia olvidado su alma en alguna parte.

Por lo demás nada turbaba el lúgubre sosiego de su eterna preocupacion. El abate Pascal á quien habian preguntado desde el primer día lo que podian hacer, habia respondido: — Esperar. — Y llenos de confianza en el saber del sacerdote todos respetaban lo que decia.

Pero una neutralidad de este género, aunque imperiosamente exigida por las circunstancias, era difícil de observar. El corazon resiste mal á la fuerza expansiva de la ternura, y son muy escasas las naturalezas á quienes conviene el heroismo de una abnegacion estóica. En otra ocasion los amigos del jóven no habrian podido resignarse á manifestarle su cariño solo por su inercia, pero en aquella hora cada cual tenia su peso que sobrellevar y tenia que sostener su lucha.

Eugenia sufría tambien todos los tormentos del amor engañado, y no tenia sobre Valeriano mas que la triste ventaja de la costumbre. Desconsolada porque una vez se escapó de sus labios el secreto del mal que la devoraba, deploraba su flaqueza y empleaba todo el poder de su alma en borrar aquel recuerdo.

El corazon de las madres es un foco donde vienen á concentrarse todos los dolores de sus hijos. Gracias á ese sublime y terrible privilegio, madama Hubert sentia á la vez todas las angustias de ambos jóvenes, y como si esto no fuera bastante, su dolor se acrecentaba con un remordimiento. La pobre mujer se hacia un crimen de su ignorancia y se acusaba de la desgracia que no habia sabido prevenir. En su alma hermosa no cabia ni la sorpresa ni la cólera, y sin pensar en condenar á Valeriano, ni siquiera en quejarse de la condesa, queria cargar con toda la responsabilidad de aquel funesto amor, y se preguntaba con amargura para qué estaba en la tierra, si no habia sabido vigilar por la salvacion de las dos criaturas.

El abate Pascal estaba mas sombrío y mas austero que ántes. Pasaba todo su tiempo visitando enfermos. La impresion de los últimos sucesos habia abierto las heridas mal cerradas de su alma y el hombre fuerte buscaba en el ejercicio de la caridad un alivio á sus penas.

El buen comandante sin poderse explicar bien la afliccion de sus amigos, les acompañaba en ella cordialmente. Notaba que la tristeza se hallaba á la orden del día, y esto le bastaba para ponerse triste. Ya apenas se reia; pero es verdad que se desquitaba con el tabaco y las perdices. Desde por la mañana hasta por la noche estaba cazando ó fumando. En cuanto á sus discursos no eran largos ni variados.

— ¿Cómo estamos hoy? Vamos, vamos, eso se pasará, hay que tener ánimo.

Tales eran las fórmulas de conversacion que empleaba ordinariamente en sus visitas á la Casa Florida. Diciendo mas habria temido mostrarse torpe ó indiscreto.

Los criados adivinando tambien alguna desgracia cumplian sus deberes en silencio. Hasta el perro parecia afectado á su manera con aquel cambio en las costumbres. Su instinto le decia que tenia que suceder algo de extraordinario para que nadie jugase con él, y se conformaba mediante su sosiego con la actitud melancólica de sus amos.

Habriase creído que la muerte habia visitado aquella casa ántes tan animada, y en efecto todo el mundo llevaba en ella el luto de la felicidad que se habia perdido.

Así se pasó el otoño.

Las revoluciones periódicas del año no ejercen la mayor influencia en la existencia de las ciudades. Los ricos

encuentran en los refinamientos de la civilizacion un refugio seguro contra los asaltos del fastidio, y las maravillas del arte les consuelan de los rigores del clima. Para el rico que vive en las ciudades, el cambio de las estaciones no le causa otra cosa que la variedad en los goces. ¿Qué puede sentir de los días hermosos cuando llegan los malos? ¿No tiene la armonía de la música artística para olvidar el gorjeo de los pájaros? ¿La magia de las decoraciones teatrales no suple la ausencia de los horizontes lejanos y de las perspectivas pintorescas? ¿Qué le importan debajo de las arañas resplandecientes las frias tinieblas de las noches largas? ¿Y obtendrán siquiera un recuerdo las humildes flores de los campos en medio de la atmósfera embriagadora de las fiestas? Esos afortunados del mundo pueden esperar sin inquietud la vuelta de la primavera. La sociedad no les dejará el trabajo de vivir consigo mismos y por sí mismos: ¡pesada tarea! y sus ocio no bastan para las distracciones que les solicitan en todos sentidos.

En contacto inmediato y perpetuo con la naturaleza, el campesino, por el contrario, recibe el rechazo de todas sus variaciones. El círculo de su vida se estrecha con la duracion de los días. El invierno es para él una realidad severa, inevitable; ve que se adelanta como un conquistador enemigo, que invade sus campos y sitia su casa. Ya se acabó el dulce descanso sobre los prados esmaltados de yerba, ya se acabaron los sueños, las ilusiones al borde de los arroyos, los largos paseos á lo largo de los bosques. La tierra parece una muerta bajo una mortaja de nieve; el cierzo azota con sus ráfagas heladas el flanco desnudo de las colinas; los árboles se cargan de escarcha, y el sol sin fuerza mide la luz con avaricia y niega el calor refrigerante. El hombre tiene que pedir al hogar doméstico un abrigo contra la inelemencia del cielo, tiene que encerrar toda su existencia entre cuatro paredes; su familia es para él el mundo todo: no tiene para satisfacer su actividad que el cambio de los pensamientos y de los afectos; la ausencia de los placeres hace la felicidad necesaria.

Así es bien digno de lástima aquel que no se encuentra unido con sus compañeros por el dulce lazo de la simpatía. Esa mancomunidad de vida, consuelo de los que aman, es solo para él un largo suplicio. Lleva como una cadena la necesidad de esa compañía constante y encuentra una cárcel en su asilo.

Por la primera vez Valeriano vió con terror que se acercaba la época que debia condenarse al encierro. Grande era el apuro de tener que sostener durante todo el día la presencia de su tia y de su prima. ¿Cómo ocultarles su pena? ¿Cómo soportar el espectáculo de su desolacion?

Buscó un medio para sustraerse á tan penosa situacion, y no halló nada mejor que la caza. Madama Hubert cuya repugnancia fué vencida por los consejos del abate Pascal, no se opuso á los designios del jóven que se asoció sin mas tardanza á las expediciones de M. Jacquín. Hallaba en el cansancio de esas marchas lejanas un alivio para su inquietud física. No sin emocion descargó su primer tiro, y la vista de su primera víctima le hizo retroceder de horror; pero poco á poco se acostumbró á la vista de la sangre y acabó por hallar una especie de placer febril en aquella obra de destruccion. Hay en el hombre un instinto feroz que le impulsa cargar sobre cualquier cosa el peso de su dolor; la desgracia endurece.

El invierno lleva del Norte á las costas de Bretaña grandes emigraciones de aves de muchas especies, pero entre todas descuellan los cisnes por su tamaño y hermosura: ellos son los reyes de esa poblacion viajera. Su llegada es una fiesta para los habitantes de las bahías, pescadores que la tormenta hace estar en la tierra, y labradores que nada pueden hacer con el frio. Todo el mundo, pues, sale de caza. Las nobles aves se pagan caras, porque se venden para las altas clases: vivas, animan con sus juegos los estanques de los palacios; muertas, adornan con sus despojos los hombros de las mujeres elegantes.

Pero la conquista de los cisnes es tan difícil como fructuosa. Tienen el ojo penetrante, el ala fuerte, el valor indomito y sobre todo son desconfiados. Heridos oponen á sus enemigos una defensa obstinada y á veces peligrosa, y hay que emplear contra ellos prudencia, astucia, paciencia, largas escopetas y perros intrépidos, y á veces no es bastante.

Hé aquí como se practica la caza.

Se eligen puestos á distancia de unos cien pasos para evitar la simultaneidad en el tiro y la confusion de los disparos, y se entierra un tonel en la arena en el puesto escogido. Cuando baja la marea, cada cazador, con vestidos de abrigo, se coloca en su tonel con su perro y su escopeta cargada con bala ó con postas, y baja la tapa del tonel dejando una rendija para mirar y para sacar el cañon de su arma.

A veces la caza se pone á tiro, pero ordinariamente hay que obligarla á presentarse. Dos ojeadores con una porcion de chicos divididos en dos bandas, dan una larga vuelta á derecha é izquierda de la bahía y diseminándose por la ribera hacen huir á las aves sobre los acechos. Entónces principia un fuego graneado, y el cazador que acierta sale á buscar su presa.

M. Jacquín era aficionado á la diversion, y esta vez asistió á ella acompañado de Valeriano. Los campesinos se apresuraban á ofrecer á sus amos los mejores puestos. El viejo militar instaló al jóven con el perro, y cuando les dió á entrambos sus instrucciones fué á ocupar su puesto respectivo. Apenas habia bajado la tapa de su tonel cuando oyó un escopetazo y vió que Valeriano salia de su escondite con el perro.

— ¡Al diablo! exclamó meneando la cabeza; y eso que les había dicho que se estuvieran quietos, que no disparasen sino muy de cerca. ¿Dónde van ahora? ¿Se figuran que han hecho algo? Sí, sí, añadió al oír que el perro ladraba con todas sus fuerzas, ladra cuanto quieras, que eso bastará para que venga caza.

Y murmurando de esta suerte M. Jacquín había salido de su tonel para obligar á los dos culpables á que se volvieran al suyo. Dirigiase, pues; hacía una roca por detrás de la cual habían desaparecido, cuando un espectáculo inesperado se presentó á su vista.

Un cisne en medio de un charco teñido con su sangre se defendía con el pico y las alas contra el perro y Valeriano que le atacaban con igual furor el uno á dentelladas y el otro á culatazos. A pesar de sus heridas el hermoso cisne sostenía la lucha con heroísmo, pero sin embargo, se veía que sus fuerzas iban disminuyendo por momentos, en tanto que la violencia de sus adversarios parecía aumentarse con la duración del combate. Por último, Valeriano le derribó con un golpe terrible, y viéndole que todavía quería resistirse en el suelo, continuó sacudiéndole con rabia.

— ¿Cómo puedes tratar así á un enemigo caído? exclamó con indignación el comandante que llegaba; es abominable; acaba con él y será mejor.

Y uniendo el hecho á la palabra terminó la agonía del pobre cisne con un balazo.

Las reconvencciones de M. Jacquín habían sumergido á Valeriano en un estupor profundo. De repente le pareció que salía de un sueño y con una voz dolorosa exclamó:

— ¡Dios mío, me habré vuelto malvado!

M. Jacquín le miró con sorpresa, y viéndole como sobrecogido por el pesar trató de consolarle.

— Vamos, vamos, le dijo tomándole una mano, no hay que sentirlo tanto; yo no tuve la intención de enojarte, y en último resultado un cisne no es un hombre....

— Gracias por vuestra compasión, comandante, interrumpió Valeriano rechazando con suavidad á su anciano amigo; pero no lo merezco. Creo que verdaderamente mi corazón está dañado. Hace unos días castigué al perro que me acariciaba, y hoy me he gozado en el tormento de ese pobre cisne, que ha venido de tan lejos con sus compañeros, con su familia, para que le asesine un loco furioso. Quizás en el momento en que le hirió mi bala buscaba el alimento para su hembra y sus pequeñuelos que le estarán esperando en vano. Y todo por mi culpa. ¡Ah! razón teniais, comandante, es una mala acción que debo pagar cara.

M. Jacquín quiso responder, pero Valeriano no le dio tiempo para ello.

— No le hace, añadió; todo lo que deseo es que mi madre y Eugenia no sepan lo que ha pasado, pues si lo supieran me aborrecerían. No les diréis nada; ¿me lo prometéis, comandante?

— Seguramente, pero no te forjes quimeras por una tontería. ¡Qué diablo! cuando se lleva una escopeta es para hacer algo.

— Por eso no volveré á llevarla en toda mi vida; aquí la teneis, comandante; os doy mil gracias, pero hoy será el último día que he cazado.

Y alejándose, á pesar de las instancias de M. Jacquín, tomó, pensativo y cabizbajo, el camino de la Casa-Florida.

Este incidente pareció que había operado en su ánimo una revolución saludable. Por la noche, contra su costumbre, se presentó en la sala donde estaban todos reunidos. Se hallaba conmovido y tomó cierto interés en la conversacion. Aunque habló poco, lo hizo á lo ménos con dulzura; su tristeza era serena y tierna. Hacia el fin de la velada suplicó á Eugenia que se sentara un poco en el piano, y como ella le mirase con una expresion de duda, Valeriano insistió diciéndola que hacia mucho tiempo que no había tenido el placer de oirla.

Eugenia sin responder se fué al piano y se puso á recorrer las teclas sin acordarse de nada; la emocion la quitaba la memoria. Nadie decía una palabra; cada cual luchaba en sí mismo y trataba de contener su corazón.

De repente Valeriano se levantó, corrió á su prima y echándole los brazos al cuello, exclamó enternecido:

— ¡Querida Eugenia mía!

La joven reclinó su cabeza sobre el hombro de su primo y ambos echaron á llorar á un tiempo. Madama Hubert no pudo resistir á este espectáculo y estrechando á la vez á sus dos hijos en sus brazos mezcló sus lágrimas con las que ellos derramaban.

El comandante se paseaba á grandes pasos por la sala mirando al suelo y mordiéndose sus bigotes para no dejarse vencer por la ternura.

Solo el abate Pascal parecía haber conservado su calma ordinaria.

M. Jacquín lo notó y acercándose á él con sorpresa, le dijo en voz baja:

— ¿Qué pensais de todo eso, señor cura? Me parece que es buena señal, ¿me engaño?

— Nunca debe perderse la esperanza, contestó el sacerdote gravemente.

M. Jacquín le miró con inquietud, pero no se atrevió á pedirle la explicacion de su pensamiento.

Temiendo que esta escena concluyera con alguna crisis violenta si se prolongaba demasiado, el cura se acercó á madama Hubert y llamándola á parte la dijo, con acento penetrado:

— Seria prudente poner un término á tan viva ex-

pansion que podria degenerar en algo de excesivo y de funesto.

— ¡Ah! señor cura, contestó madama Hubert, dejadnos llorar, todos lo necesitamos.

— Pues justamente porque las lágrimas son un favor de Dios es preciso no abusar de ellas. Os suplico que trateis de calmar la sensibilidad ya demasiado excitada de ambos jóvenes: era mi deber daros este consejo, y creo que el vuestro es seguirle.

Acostumbrada á inclinarse ante la autoridad del sacerdote, madama Hubert no podia ménos de acceder á una súplica tan claramente formulada. Dominando, pues, su emocion, dió la señal de la retirada. Los dos jóvenes se separaron con el ósculo fraternal de despedida.

Desde aquel día la Casa-Florida tomó un aspecto ménos desolado. En ella reinaba aun la tristeza, pero ya la desesperacion había desaparecido. Aunque se deploraba y el presente atormentaba un poco, se principiaba á tener esperanzas en el porvenir.

Valeriano había comprendido la ingratitud de su aislamiento y sentia la necesidad de ennoblecer su infortunio quitándole su mancha de egoísmo. Si no lograba vencer su melancolia al ménos iba triunfando de su indiferencia. Poco á poco recobraba sus antiguos hábitos y templaba con la dulzura de sus maneras la invencible obstinacion de su silencio.

Como el preso para quien un trozo de cielo es una magnífica perspectiva, Eugenia y su madre encontraban en esa ligera muestra de cariño consuelos inefables. Por una de esas exageraciones de confianza, familiares á los que no conocen bien los desengaños de la vida, doraban una pálida realidad con todo el brillo de sus ilusiones, y la atenuacion del infortunio se hacia á sus ojos la promesa y el principio mismo de una felicidad segura.

No hay para que añadir que el comandante participaba con su buena fé de todas estas esperanzas; y aun en la impaciencia de su amistad precipitaba la marcha de los sucesos, y creia en resultados felices para un tiempo muy próximo.

— Ya lo decia yo que esto se arreglaría, repetía á menudo frotándose las manos, y que ningun muchacho se pierde por tener un amorcillo. Han dado tanta importancia á todo eso, que sabe Dios en qué estado se hallarian las cosas si yo no hubiera tomado cartas en el asunto. Ya sabia lo que me hacia cuando llevé á Valeriano de caza; ¿qué pronto se ha calmado! Y luego daremos oídos á las mujeres; las cosas deben arreglarse á lo militar, no hay otro modo.

Hasta el abate Pascal, aunque estaba lejos de adoptar los cálculos y de participar de la confianza de sus amigos, principiaba á ver la posibilidad de un remedio y daba gracias al cielo como de un milagro.

En tal estado se hallaban los negocios, cuando M. Jacquín recibió por el correo un pliego con el timbre de Paris. Le abrió y encontró dos cartas bajo el sobre, una de ellas dirigida á Valeriano: la otra solo contenia estas palabras:

« Una persona que confia en la lealtad de M. Jacquín le suplica en nombre del honor que entregue secretamente y en propias manos la carta adjunta á la persona á quien va dirigida. Esta carta es una despedida, por manera que M. Jacquín puede sin ningun escrúpulo hacer el servicio que se le pide. De ese modo adquirirá derechos á la gratitud de una persona que le estima. »

A pesar de la ausencia de firma, el comandante adivinó fácilmente quien era el autor de la carta, y se preguntó vacilando si debía cumplir el encargo singular que le encomendaban. Bien conocia que era peligroso poner de nuevo en contacto á Valeriano con la condesa, pero reflexionando detenidamente, halló que la cosa no era tan grave como le había parecido en un principio. Puesto que solo se trataba de una despedida, la epístola en cuestion confirmaria al joven en sus buenas relaciones probándole que todo estaba acabado y que no debía pensar mas en aquel desvarío.

Y luego cada cual tiene su flaco: el de M. Jacquín era un culto exagerado del honor, un culto que llegaba en él hasta la supersticion y el fanatismo. Apelando á su lealtad se obtenia de él cuanto se deseaba.

Por otra parte, sin cometer una indiscrecion grosera no podia devolver una carta que no estaba firmada, ni tampoco le era dado guardarla ó quererla sin vender la confianza que en él habían depositado. ¿Qué podia hacer sino cumplir con su encargo? Este fué el partido que tomó. Llamó á Valeriano al Dominio, se encerró con él y enseñándole la carta misteriosa, le dijo:

— Mira lo que me encargan para tí. ¡Silencio!

— ¿Y quién? preguntó Valeriano con sorpresa.

— Supongo que lo verás; por mi parte no sé nada positivamente; y has de notar que digo positivamente. Quizás tengo sospechas, pero seguro no lo estoy ni puedo estarlo, de modo que nadie podrá acusarme de haber obrado con conocimiento de causa.

Después de haber parapetado su conciencia bajo este singular preámbulo, el viejo militar entregó la carta á Valeriano que la tomó con mano trémula y leyó lo que sigue:

« Mi corazón está oprimido, tiene que desahogarse. Hace cuatro meses que sufro en silencio, es tiempo de que grite. ¿Y á quién elevaré mi voz sino al objeto de todos mis pensamientos, al que es causa de todas mis penas? Quizás os negaréis á oírme, quizás desviaréis los ojos de mi recuerdo como rechazasteis mis manos suplicantes; pero ¿qué importa? Estoy acostumbrada á vuestros desprecios. La necesidad de vuestra compasion, la esperanza de una lágrima, que pagaria con mi san-

gre, me harán desafiar ese peligro y soportar ese dolor inmenso. Pero ¿qué hablo aquí de dolor? Esta vez no me hallo expuesta á ver el golpe que puede herirme, y sea cual fuere la suerte que le está reservada á esta carta donde va mi alma, aun cuando debierais arrojarla al fuego sin leerla ó desgarrarla despues de haberla leído, no presenciare vuestra crueldad y al ménos me quedará el consuelo de la duda. Sin embargo, os suplico que seais un momento bueno para mí como siempre lo sois para todo el mundo. Compadeceos de mis lágrimas y acordadme un instante de paciencia; es la última vez que importuno.

« ¿Qué tengo que decir? Todo y nada. Si me preguntaseis con qué fines os escribo esta carta, me seria imposible responderos, y no obstante, jamás concluiría si quisiera contaros todos mis pensamientos. De mis deseos no digo nada, son imposibles.

« ¿Qué tienen que comunicarse en el momento de una larga separacion dos amigos que siempre vivieron juntos? Pocas cosas ¿no es cierto? Y sin embargo, sienten la necesidad de pasar reunidos el último día y la última noche, y durante largas horas no cesan de combinar esas palabras de intimidad, tan inútiles y necesarias, cuyas divagaciones alcanzan directamente el objeto anhelado: ahora bien, yo creo, yo sé que os he amado bastante para tener derecho á las confianzas de la hora suprema y quiero celebrar en toda libertad esa fúnebre fiesta de la despedida.

« ¡Despedida eterna! así lo habeis querido. — No me quejo: estabais en vuestro derecho para condenarme como me habeis condenado, irrevocablemente; pero quizás habeis usado con un rigor excesivo de ese derecho terrible de aborrecer á quien os ama y de despreciar á quien os admira.

« La juventud es implacable y altanera: su soberbia indocencia no sabe comprender las flaquezas que ella no ha experimentado todavía, y no distingue la falta del crimen; por todas partes donde no brilla su espléndida virtud encuentra el vicio. Luego con la experiencia viene la caridad; el infortunio trae consigo la humildad y la indulgencia, pero entónces ya no es tiempo, pues se han destrozado corazones donde el amor ardía puro y con viva llama bajo miserias aparentes.

« Las severidades excesivas se pagan con el remordimiento y aun con el pesar de haberse dejado arrastrar á ellas. Esos afectos que con tal violencia se rechazan, llegan á compararse, y entónces su valor sorprende. A pesar de sus manchas eran diamantes quizás que no se quisieron sacar del polvo en que yacian. No son las naturalezas irreprehensibles las que mejor saben amar: envanecidas de su propio valor conservan para sí la mejor parte de su estimacion y fácilmente se hacen una felicidad con su gloria: les falta á la vez la necesidad del entusiasmo y el instinto de la misericordia.

« ¡Ah! yo en vuestro lugar, ¿cómo os habria perdonado, yo, pobre pecadora! Habria querido secar vuestras lágrimas ó derramarlas con vos; á fuerza de ternura os habria rehabilitado en vuestra propia opinion, y si mis consuelos no hubiesen prevalecido, habria sabido cargar con la mitad de vuestra vergüenza. Y vos, Valeriano, no habeis querido concederme lo que concedo, no digo el juez al reo, sino el sacerdote al condenado; no habeis querido escuchar una palabra no diré de excusa sino de simple arrepentimiento. Y sin embargo, ¿quien sabe si era de todo punto imposible esa justificacion que ni siquiera quise intentar? ¿quién os ha dicho que un error fatal, consideraciones inexplicables, no podian destruir ó al ménos atenuar una falta que os parecia monstruosa? Cinco minutos de conversacion y quizás se cambiaba todo.

« ¡El porvenir de dos existencias perdido por tan poco! ¿Dos existencias? No; á Dios gracias, solo se trata de la mia, la vuestra no se halla condenada á los dolores del aislamiento; teneis una madre, Valeriano, teneis buenos amigos, os crearéis otro amor, y mientras vos seréis el pensamiento de toda mi vida, yo ocuparé en la vuestra un recuerdo de juventud. Me felicito de que así sea; sola quiero sufrir y me consuelo á medias pensando en la felicidad que os está reservada.

« Adios, amado mío. ¡Oh! permitidme que os llame así por la vez postrera; nadie rechaza la súplica de los moribundos y esa palabra es el grito supremo de un amor en la agonía. Adios, amado mío. Saludad por mí esas orillas donde han pasado mis días mas felices, que ya no veré nunca, esa patria de mi felicidad para siempre perdida. Quemad esta carta y arrojad las pavesas en el sitio donde me habeis salvado y donde habriais debido dejarme perecer. Que la cuna de nuestro cariño sea su tumba. Por singular que os parezca este deseo, cumplidle, sed bastante bueno para no rehusar su ejecucion á la que os ama, os honra y os bendice. »

Esta larga carta llena de inconsecuencias y contradicciones y que parecia escrita de corrido bajo el impulso de la inspiracion únicamente, esta carta habia trastornado á Valeriano.

(Se continuará.)

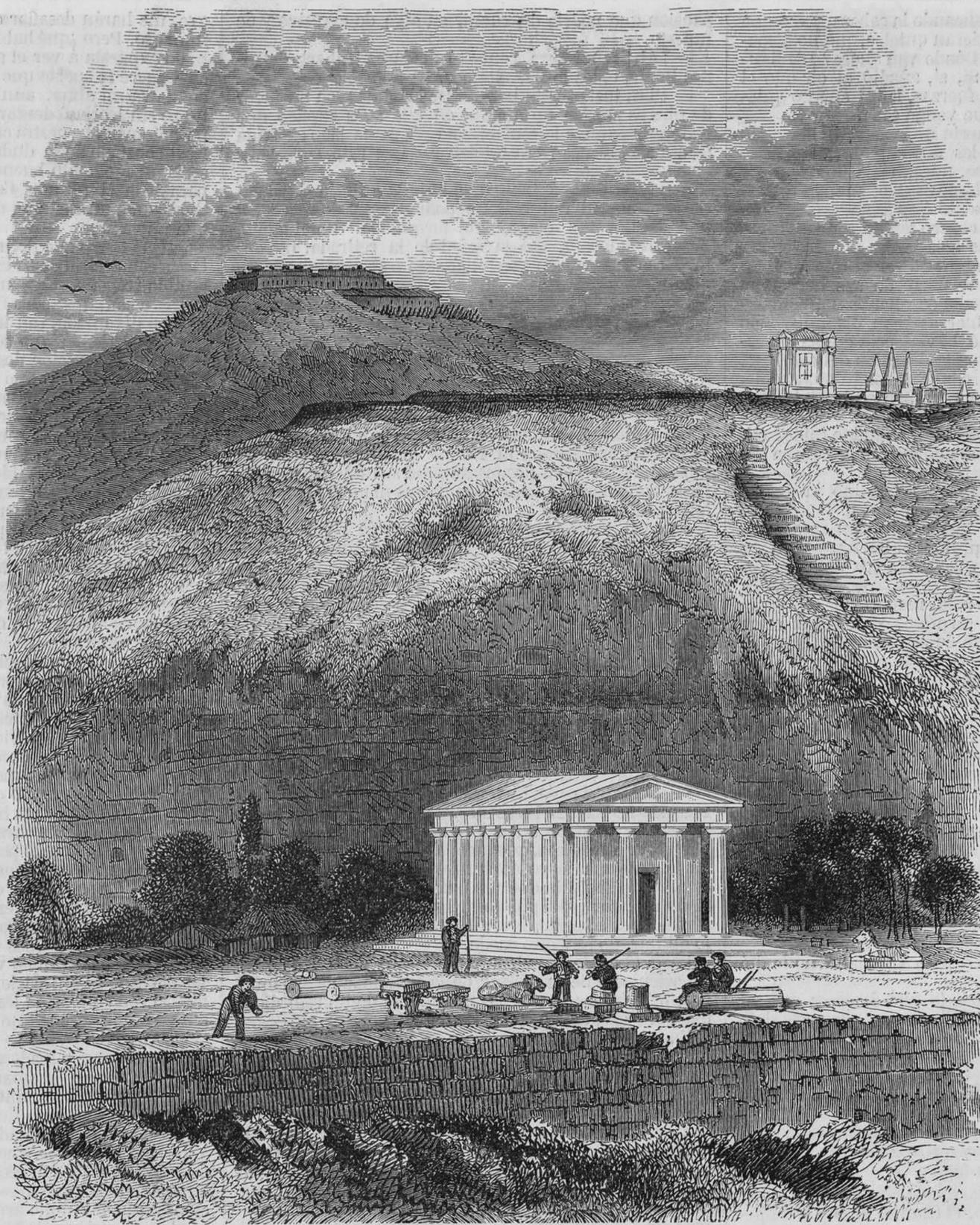
Kerch.

Hace tiempo tenia pensado enviar á Vds. sobre la ciudad de Kerch, su museo, sus monumentos, etc., algunas notas que pensé me seria fácil procurarme dentro de sus muros; pero mis investigaciones han sido infructuosas hasta hoy y me encontraria en la imposibilidad de cumplir mi promesa, sino hubiese traído con-

migo la interesante obra de M. H. de Hell, á la que recurro, como que es la guía mas segura, mas exacta y completa que pueda consultar toda persona que viaje por la Crimea.

La célebre península de Kerch que se extiende entre el mar Negro y el mar de Azof hasta las orillas del Bósforo cimeriano, principia al pié de las murallas de Teodosia donde vienen á espirar las últimas colinas de la cordillera Taurica. Al atravesar sus llanuras hoy desiertas y áridas, donde nada parece que debe llamar la atención un solo instante, el espíritu se remonta con sorpresa á los gloriosos tiempos en que florecían las numerosas y opulentas ciudades que el genio colonizador de los Milesianos habia elevado en estas comarcas, como Teodosia, Nimfea, Mirmikiona, á la otra parte del estrecho Fanagoria y luego sobre todas Panticapea, la célebre capital del reino del Bósforo, donde reinaron durante tantos siglos el lujo y la civilización de la Grecia y donde fué á morir Mitrídates, despues de haber amenazado un momento la existencia del imperio romano.

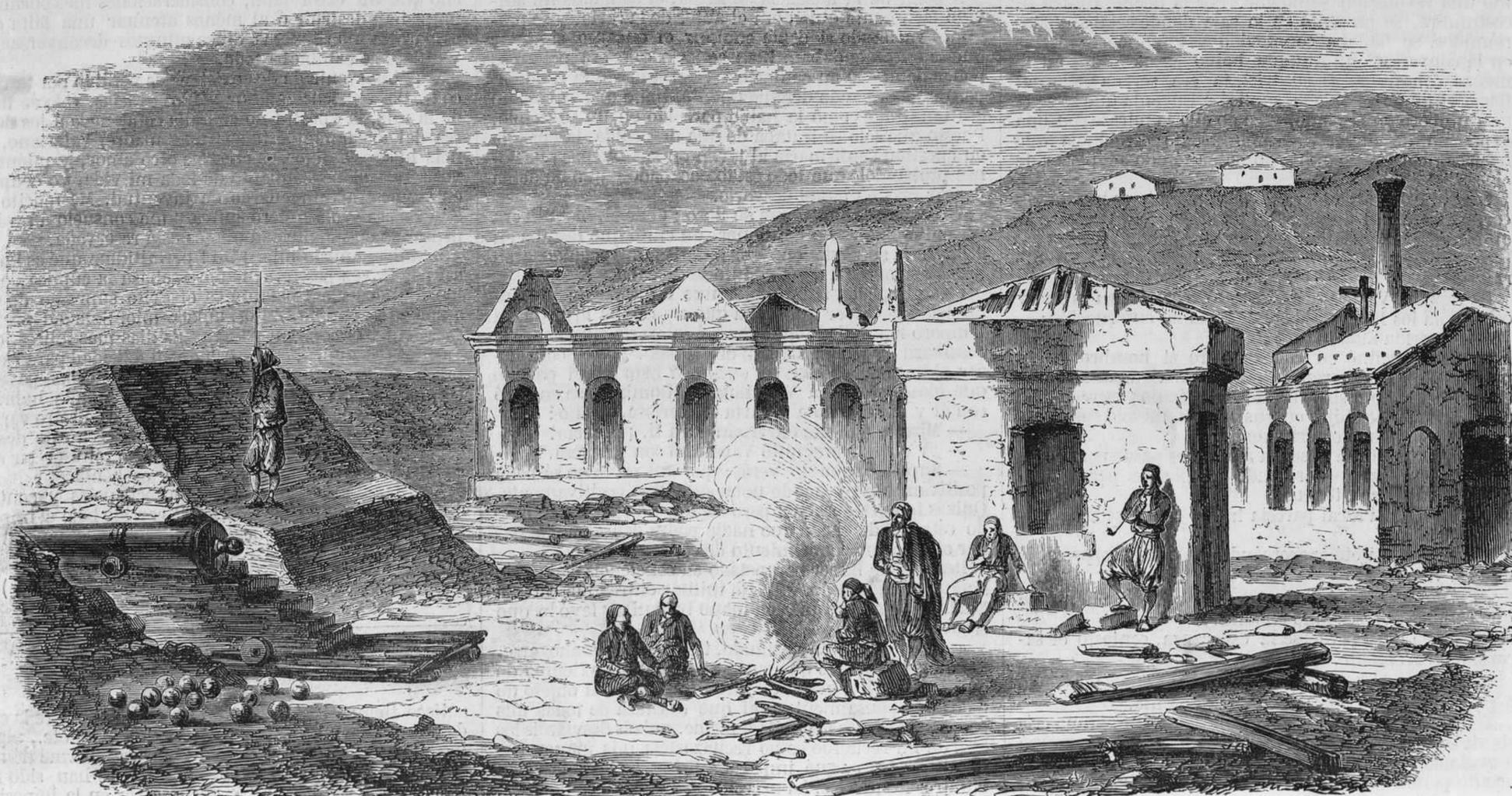
Kerch es una ciudad rusa muy moderna, cuyas construcciones se extienden por la orilla del mar, á la falda de la célebre roca que la tradicion popular señala con el nombre de *Sillon de Mitrídates*; sobre la vertiente de esta montaña coronada en otro tiempo por una acropolis enfrente de la mar, se desarrollaba en anfiteatro la capital del reino del Bósforo. Hoy apenas quedan algunos restos de la antigua Panticapea; la colina donde se elevaban aquellos monumentos está pelada, y se encuen-



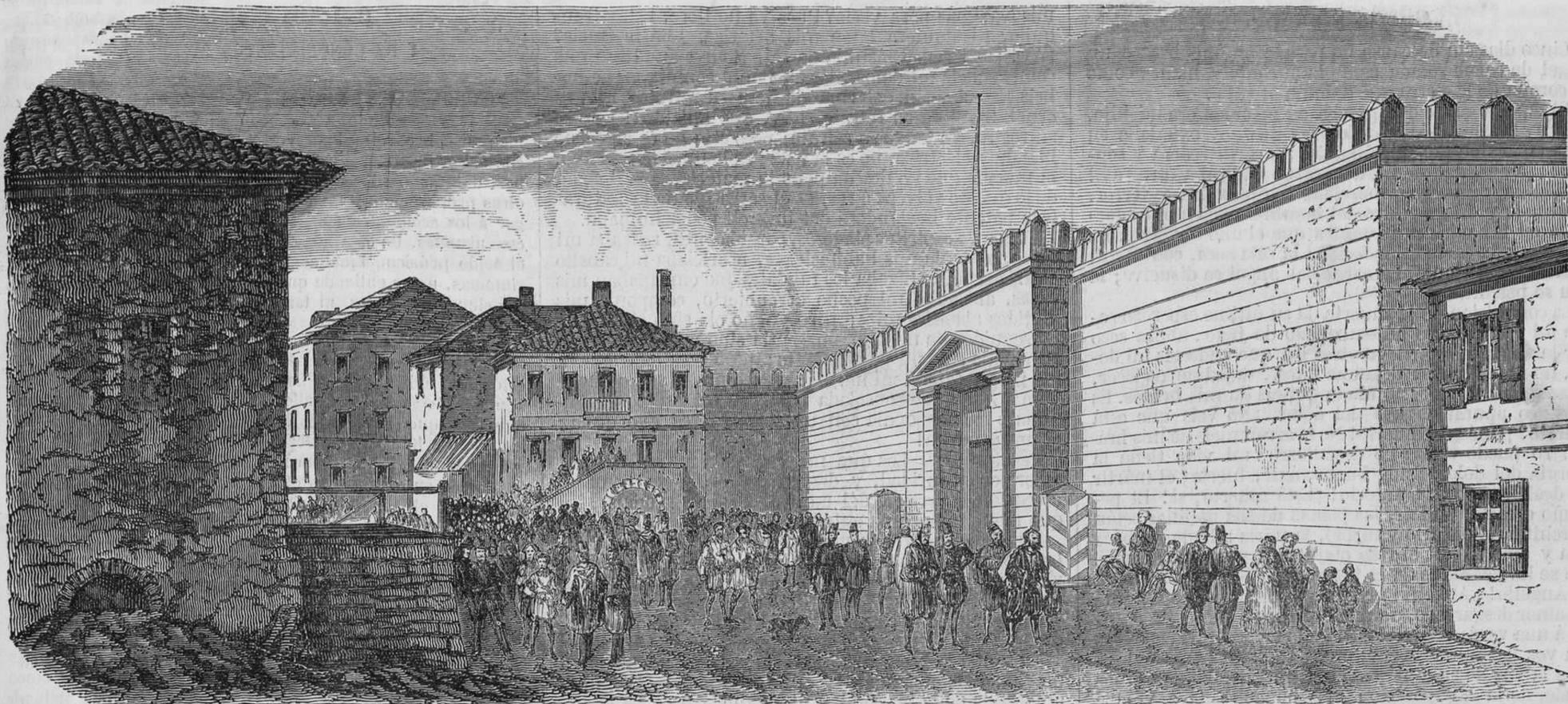
El museo de Kerch y el monte Mitridates.

tra surcada de barrancos profundos, de modo que han sido menester las mas doctas investigaciones de los arqueólogos modernos para determinar de un modo positivo el sitio que ocupó la mas famosa de las colonias milesianas.

Recorriendo los alrededores de Kerch donde se elevan los innumerables túmulos que sirvieron de sepultura á los soberanos y á los opulentos ciudadanos de Panticapea, el observador se sorprende dolorosamente ante todo de la incuria profunda y destructora que presidió á las diferentes excavaciones que allí se ejecutaron. En vez de tratar de conservar esos preciosos monumentos fúnebres que tantas generaciones legaron intactos, solo pensaron en destruir para llegar mas pronto al descubrimiento de las riquezas científicas y materiales que suponían habian de existir en aquellas tumbas. De este modo pues, todos los túmulos contra los cuales se dirigieron las exploraciones oficiales, fueron totalmente demolidos o cortados en cuatro partes desde la cúspide hasta la base, y á nadie se le ocurrió operar el trabajo de exploracion ya con sondeos, ya abriendo galerías subterráneas. Al visitar los principales puntos en que se ejerció el genio destructor de los arqueólogos rusos, es imposible pintar la penosa impresion que se experimenta al aspecto de esa devastacion horrible. No se limitaron á destruir la forma de los monumentos, sino que las bóvedas interiores y los restos mortales no fueron mas respetados que las tierras y las piedras que les habian protegido hacia tantos siglos. Sacaron los huesos de las tumbas y los abandonaron á la in-



Avanzada turco-inglesa en las orillas del golfo en Kerch.

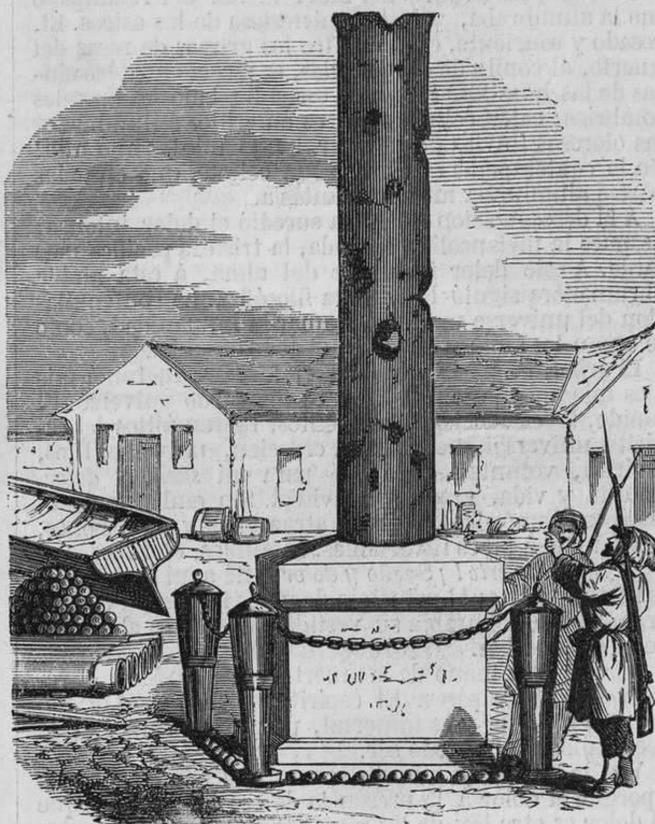


Puerta del Arsenal en Kerch.

temperie sobre el suelo exterior, en tanto que los preciosos restos de los sarcófagos descubiertos fueron con frecuencia entregados á las llamas.

Entre los diversos túmulos, el que se halla situado cerca de la Cuarentena al Norte de la ciudad, merecia seguramente una atencion particular por parte de la administracion local; por las dimensiones gigantescas de su bóveda y su galería ambas con techumbre, era un monumento verdaderamente único, bien digno de ser trasmitido á las generaciones futuras. En 1840, esa tumba notable que excitaba la admiracion de los artistas, servia de refugio al ganado de los alrededores y su hermosa galería de entrada se caia en ruinas; algunos meses despues el vandalismo trabajaba abiertamente y sin ningun escrúpulo se quitaban las losas magníficas que cubrian el pavimento de la bóveda. En Sudagh (Teodosia) podrian comprenderse quizá, hasta cierto punto, los desastrosos efectos de la indiferencia administrativa, mandando gobernadores ignorantes á quienes estaba exclusivamente confiado el depósito de sus antigüedades, cuando ellos consideraban estos edificios de los sados tiempos como canteras de buena explotacion; pero en Kerch donde habia un museo y un comité de hombres inteligentes encargados de la direccion de las excavaciones, semejante destruccion parece una cosa increíble.

Como en el momento de la visita de M. H. de Hell al museo de Kerch yo hallé tambien despues de su ocupacion por las tropas aliadas, todas las cercanías del edificio llenas de antigüedades, como sarcófagos, bajos-relieves y restos de arquitectura abandonados en el suelo con indiferencia y sin ningun abrigo; en cuanto á las salas interiores del museo cuando pude penetrar en



Monumento hallado en el Arsenal.

ellas habian sufrido ya el saqueo de los tártaros y los destrozos inseparables de una ocupacion militar; ya no habia mas que deplorar la destruccion casi completa de tantos y tan interesantes restos del arte y de la civilizacion de las antiguas épocas.

Kerch se halla en condiciones ménos ventajosas que Caffa, puesto que su rada permanece durante tres ó cuatro meses cerrada á la navegacion, y su fondeadero es poco seguro, á veces desastroso tanto por la falta de abrigo como por la poca profundidad de las aguas.

Existe en Kerch un arsenal importantísimo, otro museo ménos pacífico que entre varias curiosidades encerraba un pequeño monumento compuesto de un basamento de piedra sobre el cual se elevaba en forma de columna una chimenea de barco de vapor con varios agujeros producidos por los balazos que habia recibido. Era imposible adivinar si estaba allí como trofeo de alguna victoria marítima ó como recuerdo de alguna defensa notable, pues carecia de toda inscripcion que diera alguna luz sobre el destino que habia tenido. Este monumento singular se hallaba rodeado de una cadena enlazada en cuatro cañones plantados en la tierra en forma de esquinas.

Despues de la ocupacion de Kerch, el primer cuidado del contingente turco-inglés fué poner la plaza en estado de resistir á un ataque de los rusos. Un ancho foso y un parapeto componian el sistema de defensa adoptado, con mas las barricadas formidables que levantaron á todas las entradas de las calles que daban al campo; los aproches de estas barricadas estaban defendidos por empalizadas y otras obras de fortificacion, de modo que un número limitado de soldados pudiese sostenerse contra fuerzas superiores.

D. B.



Barricadas elevadas en las calles de Kerch por el contingente turco-inglés.

Sueño y Dolor.

Cinco días sin descanso ha pasado en mis brazos un ángel de carne rosada como la aurora, y blanca como la corona de la sierra que domina el valle.

El copo de nieve que posaba en mi falda era mi hijo. Un ¡ay! incansable, agudo y tristísimo, exhalaba su boca entreabierta y moribunda. Su carne sedosa y sensible, estaba dolorida. Mi corazón ahogaba otro ¡ay! rugido de compasión, mezclada de esperanza y terror. El blanco y fresco rostro del hombre naciente se marchita en los mismos instantes que el mío envejece. La carne rosada está reblanecida; la mia seca, contráctil, nerviosa, resistente. La carne del ángel se disuelve; la mia se petrifica.

La convulsión de la muerte da su último esperezo sobre mi pecho, poco há empapado de jugo, ahora seco por la angustia. ¡Ah! Vosotros los que padecéis mi dolor, no me aliviéis, dejadme llorar, dejadme padecer, dejadme morir; no, no me lo quiteis de mis brazos. Es consuelo apurar la hez del dolor. ¿No veis que está muerto? ¡Qué está muerto! No le arranqueis de mis brazos. Yo puedo verle: no desfallezco: mi vida tiene la energía del dolor. Estoy buena, ágil, fuerte; el mártir no desfallece. ¡Está muerto! ¡Está muerto, sí! El pequeño corazón no late, las pomos de sus mejillas están marchitas, el ojo frío y turbio, la nariz afilada, la boca floja y amoratada, el rizo ondulante y sedoso; parece que se ha revolcado en la tierra.

¡Angelio! ¡Angelio! gritaba yo con la voz penetrante del amor desgarrado, de una esperanza que deja su lugar á una verdad horrible. Angelio ya no volvía sus ojos á la voz de su madre amorosa. ¡Angelio! ¡Angelio! repetía la voz de su amargura mas íntima, del dolor mas agudo, de la desesperación mas honda. Vuelve, vuelve á la vida, le gritaba; yo padeceré, yo moriré por tí.

La carne muerta se mancha de rosas violetas: los labios se ennegrecen: suben gases pútridos á la atmósfera. Mi voz había enronquecido de gritar en vano. El niño dormía el sueño del polvo. Había cumplido la ley de su existencia, como la cumple la manzana caída en flor.

¡El sueño! ¿Qué es el sueño? La mitad de la vida. No es la negación del ser; pero es la negación de la voluntad. ¿Y qué es el ser sin voluntad? La piedra, ménos que la planta, una ebullición de cuerpos químicos, elaborando su ciega tarea. El sueño es la mitad de la creación, que reanima la vida. Pero ¿y el sueño de la muerte? Es la creación que se reproduce. El sueño, pues, de la vida, y el sueño de la muerte, elaboraron aquí juntos sus químicas tareas. La cuna de mi hijo y mi cama ofrecen el cuadro de la muerte que descansa del dolor de la vida: de la vida que descansa del dolor de la muerte.

El no vive. Yo siento un inmenso dolor; pero el cansancio del dolor llama al sueño. ¡Qué! ¿No destruye el dolor al sueño? ¿Quién es el mas poderoso? No lo sé. El dolor ahuyenta al sueño; el sueño ahuyenta al dolor. ¿Quién vence? no lo sé. Ambos poderes dominan la humanidad; ambas leyes cruzan sus espadas sobre el libro viviente.

¡Sueño! ¡poder encantador, poder fatídico! ¡Medalla reverso del insomnio! ¡reverso de la vida! ¡descanso del que padece! ¡dolor del que goza! Tú creas horribles fantasmas al que se retiró de la fiesta con las imágenes doradas en la mente. Tú conduces al que gime en las cadenas, á los amenos campos de la libertad.

Dormí. No el sueño inquieto, sino el sueño profundo, estúpido. Ni sentía el dolor, ni el descanso. El poder moral fué abatido por el poder físico. Es decir, las leyes de la humanidad fueron abatidas por la ley eterna de Dios.

¡Pero desperté! ¡Ah! Madres amorosas, llorad, llorad conmigo.

Despertar á la horrible y palpable realidad: el instante de despertar con la energía de la vida renovada por el sueño, es el instante en que es mas imperioso el dolor. No lucha ya con el sueño, no con la flaqueza orgánica; el dolor es potente, inmenso, desgarrador. Antes de descansar se ha dudado del motivo del dolor, si no con la razón, con el sentimiento. Ya no se duda. Ahora se palpa la soledad del alma, se sienten las ideas, se distinguen, se descomponen, se analizan, se examinan las esperanzas rotas, la herida destilando sangre, la importancia de una voluntad que no sabe crear ni aun esa misma importancia, que ni aun sabe luchar contra ese agente atosigador del yo deseó, yo quiero.

Mi primer impulso, soñoliento todavía, fué anudar la idea perdida entre el último pensamiento del dolor, del sueño. Cogí el vaso del éter para aplicarle á la boca, que poco ántes exhalaba un quejido desconsolador. Pero mi falda estaba desierta, la cuna desierta, las habitaciones desiertas. ¡Cuánto silencio aterraba mi alma! No estaba él, no me miraba, no me llamaba ya nunca, ¡nunca! Ya no crecería bajo mi sombra; ya no contemplaría yo su sonrisa ni su sueño celestial, al través de los tules de la colgadura de su cuna, ya no jugaría en mi falda, ya no velaría, no trabajaría, no padecería por él. Padecería por mí, por mí sola, porque le necesitaba para mis ojos, para mi razón, para mi alma sedienta de amor, que bebía solo en su puro manantial. ¡Madres amorosas llorad conmigo!

Raquel lloraba por sus hijos, porque ya no son. » Traédmele y me consolaréis; no me digais pacoconsuelo que existe mayor angustia. Traédmele, le abrigaré en mi pecho, le calentaré con mi aliento si está frío. ¿Creeis que no siento? Yo creía eso de los muertos; pero ahora dudo: no, creo que mi hijo siente dolor, frío, sed. Le daré mi pecho, ¿dónde está? ¡Ay! Traédmele, que yo le vea. Mirad, estoy serena. ¿Estorban

mis lágrimas para verle? Pues ya no lloro. Estoy tranquila. Ni siquiera laten mis arterias. ¿Me le traeis? ¡Ay! ¡ay! Tened lástima de mí. Madres amorosas que comprendéis mi dolor, llorad, llorad conmigo. ¿Le habeis llevado, sin dejarme siquiera su retrato? Esto es cruel. Siquiera su retrato. ¡Ay, qué felicidad! Este es su rostro, ya tengo su retrato; pero esta no es su carne blanda y eléctrica, no es la vida; es la muerte perenne, la muerte que no descompona la materia, es la imagen de lo que no volverá á ser, es el sarcasmo de la naturaleza potente burlándose del imbécil poder humano.

Turba de espíritus piadosos, consoladores, rodeaba mi cama, obstruía mis habitaciones, acariciaba mi cabello destrenzado, enjugaba los raudales que empapaban mis ropas, abrigaba mi pecho descubierto, componía mis vestidos ajados y rotos; pero yo no oía sino el quejido perseguidor de mi hijo, no sentía sino mi angustia, no adivinaba sino un pensamiento; pero en duda aun, y me preguntaba á mí misma: ¿Pero nunca? ¿nunca le veré? A esta desconsolada palabra, mi propio pensamiento me respondía con un rugido feroz que decía: ¡Nunca, nunca!

Pasaron días. Los que me consolaban midieron mi dolor por su caridad, y desaparecieron. Pero como él crece con la certeza del motivo, lloré á raudales, sin que mano importuna enjugase mi llanto.

Busqué el retiro, y vagué por los campos. Escuché las melancólicas armonías de las aguas; los ecos de los vientos como llamándome á la meditación; sentí con religioso miedo los choques de los cuerpos que ruedan, caen, se hunden, cambian de formas divididos en pedazos.

No sentía la humedad de las arenas que pisaba en la playa del Mediterráneo, ni el fuego que despiden, ni la embestida de la ola brava, ni el dulce beso de la ola tranquila, sin hallar la imagen de mi hijo.

La reflejaban las aguas azuladas, la blanca corriente del arroyo, las brumas del mar; la luz del relámpago me alumbraba, y la luz misteriosa de los astros. El, rosado y sonriente, estaba entre los grupos de rosas del huerto, al confin de los parrales, se mecía entre las cintas de las humildes cañas, se escondía bajo los laureles sombríos; caían sobre sus rizos amarillos é iluminados las olorosas lluvias del azahar. ¡Hijo mio! ¡hijo mio! Yo le contemplaba como una luz celeste, que en todas partes alumbraba mi triste fantasía.

A la desesperación energética sucedió el dolor intenso; despues la melancolía profunda, la tristeza pacífica mas tarde. A este dolor incesante del alma, á esta niebla abrumadora siguió la tristeza filosófica. La contemplación del universo me llevó á amar la humanidad, como se aman los átomos de un gran todo organizado.

El árbol, la piedra, la luz, el hombre fueron á mis ojos miembros, átomos del gran monstruo universo. El sonido, la electricidad, los vientos, fueron álitos del espíritu universal. Naturaleza, creación, universo, Dios, espíritu, voluntad, todo fué para mí *sueño y dolor*, muerte y vida, reposo y actividad. Sin embargo, todo, cuerpos geométricos sujetos á atracciones y repulsiones, todo sujeto á leyes invariables, infalibles, eternas.

¡Vida y muerte! ¡Sueño y dolor! ¡Hé aquí el universo! La muerte es el principio de una vida, es un cuerpo organizado que cambia su vestido. Dios no es el agente de la destrucción.

Dios no es la mano de la muerte, es el creador y el reformador de los seres. El espíritu de Dios es el divino coloso universo, y es inmortal, porque es inmortal la reorganización de todo ser.

Y si la vida y la muerte son cambios de las formas, ¿porqué el dolor á la presencia de ese cambio? Porque el dolor es otra ley de los seres.

No se troncha el ramo sin que la rama pierda su savia.

Sin el dolor, los seres con voluntad no cumplirían la ley de la reorganización. El dolor es el preludio del amor de la madre. El dolor es el mandato de la reorganización, es la reproducción. La ley natural ha creado el amor materno, la ley social debe conservarle, la ley moral debe darle culto. Esparta, que no protegió este amor natural, fué siempre desmoralizadora, y no supo fijar sus leyes sociales. Creció Babilonia para caer en los abismos, Tiro para desaparecer, Nínive para borrarse de la faz de la tierra.

El Hombre-Dios, el intermediario entre la naturaleza y la sociedad, es decir, entre la ley divina y la ley humana, Jesucristo creó en su piadosa doctrina la divinidad del amor, en la mujer angustiada del Calvario. Cuarenta siglos contaba la civilización, caminando por todas las sendas de las pasiones, y siempre incierta, retrocedía cuanto adelantaba. El pueblo de Israel se desmenuza y se pierde, como las aristias llevadas por los vientos. Semiramis desaparece, Sodoma se abrasa, Roma empobrece.

El símbolo de union universal, de amor, de organización social, está representado en la madre amorosa y desconsolada al pié de la Cruz.

La serpiente de discordia enroscada en el árbol de la humanidad, arrastraba su cuerpo inmenso por las generaciones. La escamosa serpiente de cuarenta siglos fué ahogada con la planta del divino mártir del Gólgota y las lágrimas de la madre amorosa.

Salve, amor cristiano; salve, madre apenada; salve, símbolo de los evangelios.

Sueño y dolor, es la vida individual: vida y muerte, es la vida universal.

DOLORES GOMEZ DE CADIZ.

Grauada.

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

TOXICOLOGÍA. — SEÑALES DE ENVENENAMIENTOS EN VIVOS Y EN MUERTOS. — En los vivos, los ácidos, los alkalis, el arsénico, el cobre, el plomo y el antimonio, que son acres y con sabor de tinta, producen vómitos, diarrea, contorsiones, dolores agudos en diversas regiones del vientre. Las otras preparaciones tóxicas del sabor amargo solo dan lugar á los accidentes nerviosos, sueño profundo y grandes convulsiones. De este género son el opio, la nuez vómica y el ácido prúsico. Finalmente, aunque se señalan cuarenta síntomas, no se entiende que los cuarenta hayan de aparecer simultáneamente, ni tampoco en cada uno de los enfermos.

En los muertos es preciso analizar el vómito y materias fecales, si se conservan, disecar el cadáver y analizar el estómago, el hígado y el páncreas, advirtiendo que si bien algunos tósigos dejan huellas profundas, de otros no queda la mas pequeña señal en los tejidos; pero generalmente las grandes huellas son efecto del veneno.

Cuando el tósigo se ha mezclado con materia orgánica, se obtiene su eliminación con el empleo de ciertos reactivos, como el ácido sulfúrico. Este procedimiento produce la precipitación del tósigo á los doce días, y á veces ántes. Si se hizo la digestión no se encontrará en el canal digestivo, pero sí en el hígado, páncreas y riñones. También puede ser que no se descubra allí con motivo de las secreciones; pero con catorce partes de ácido nítrico y una de clorato de potasa á fuego lento, se carboniza el hígado, y el veneno queda eliminado. El procedimiento de carbonización no es aplicable á los venenos vegetales ni tampoco á los volátiles.

Los encargados de la administración de justicia deben tener presente que hasta los siete años despues de la muerte puede descubrirse el veneno en la materia grasenta que baña la columna vertebral, no olvidando en todo caso las causas que pueden inducir á error, como son la impureza de los reactivos, la existencia del veneno como elemento en el cuerpo humano la posibilidad de que exista necesariamente en los mismos medicamentos, la tierra del cementerio, la inhibición cadavérica, y otras circunstancias que deben examinarse con extremada solicitud.

EMANACIONES FOSFÓRICAS. — Hace algun tiempo que los periódicos científicos de París y algunos políticos se ocupan de los inconvenientes que tiene el uso del fósforo que para la confección de cerillas, carton, yesca, etc., se emplea y recomiendan que no se use mas que el fósforo amorfo, que no produce los males que el otro. Esperamos que en Francia se tomará esa medida y que los demás gobiernos se apresurarán tambien á adoptarla por el interés de la humanidad.

Para dar á nuestros lectores una idea aproximada de los males que producen las emanaciones del fósforo, bastará decirles que casi todos los trabajadores de las grandes fábricas de cerillas están expuestos á un mal muy grave que se manifiesta por un dolor poco intenso de muelas y dientes que, propagándose por grados á todo el sistema dentario, ataca los huesos de la mandíbula, y por los productos ácidos que esas emanaciones continuas infiltran en toda la economía, vicia todas las partes huesosas que están expuestas á su acción y desordena todo el organismo.

Para nosotros no puede ser sana, por mas que quieran decir, la emanación continua, aunque no muy fuerte, de dos, tres ó mas cajas de fósforos que hay generalmente en todas las habitaciones y especialmente en las alcobas.

INVENCIÓNES Y DESCUBRIMIENTOS. — Hállase funcionando en Zurich, capital del Canton del mismo nombre, una máquina de amasar harinas para la confección del pan, cuyos inventores son los hermanos Wolker, de Stuttgart. Este aparato ingenioso amasa en un cuarto de hora cuatro quintales de harina, los que dan un amasijo de cerca de seis quintales, de manera que si hubiese suficientes hornos se podría, mediante esa máquina, cocer en un día hasta 20,120 libras de pan.

— Acaba de descubrirse un sencillo procedimiento para hacer completamente impermeables toda clase de tejidos, sin aplicación de la guta-percha ó cautchuc. Héle aquí: Se tomará por ejemplo un kilogramo de alumbre, que será disuelto en 32 litros de agua, haciendo á la vez lo propio con un kilogramo de acetato de plomo en la misma cantidad de agua. Acto seguido se mezclarán ambos líquidos, los cuales depondrán un sedimento polvoroso, que es acetato ácido sulfúrico, y en esta agua que contiene el acetato de alumina disuelto, vertida que sea en otra vasija sin el enunciado peso, se empapará perfectamente la tela que se trata de hacer impermeable, para despues dejarla secar perfectamente al aire libre.

AGRICULTURA Y ECONOMÍA RURAL. — La Sociedad económica del canton de Berna ha dispuesto tenga lugar en el mes de setiembre próximo venidero, drenajes, ó sea el desagüe de terrenos pantanosos para hacerlos productivos, operaciones que se verificarán á competencia, habiendo aquella corporación señalado al efecto un premio de 150, otro de 100 y un tercero de 50 francos, que serán otorgados á los que mejor resuelvan el problema.

— La cosecha anual de la seda en los países de Italia, incluso el Tesino, el Tirol italiano, Trieste, Istria y el condado de Goertz, asciende á 51 millones de libras de capullos, con un valor de 213 millones de francos, de cuya cantidad, 54 millones vienen á corresponder al reino de Cerdeña.

— Para la extinción del pulgon, que tanto estrago infiere á las plantas tiernas aun, propone un agricultor alemán el siguiente, tan sencillo como eficaz procedimiento: Se co-

cerán matas de artemisa, para con el caldo que resulte regar las plantas infestadas, y haciéndolo por mañana y tarde, no quedará ni uno solo de estos voraces insectos. Esta operación puede practicarse fácilmente en huertas de poca extensión y en los jardines: no así en los campos en donde los pulgones no dejan de hacer también sus estragos, particularmente en los maizales, sembrados de linó, etc.: para superficies tales propone el mismo agricultor la aplicación del polvo de las carreteras mezclado con ceniza, yeso, hollín de estufa, puestos estos componentes en infusión con el enunciado caldo. Hay que dejarlos secar después hasta el punto que se presenten otra vez en estado polvoroso, y en esta disposición se procede á esparcir estos polvos por la tarde, ó cuando haya rocío sobre el campo invadido por el pulgón.

— Desde el día 10 de marzo es ya libre la exportación de arroz y toda clase de grano, de las diferentes comarcas de la Lombardia.

MINAS. — Al recorrer últimamente un oficial americano las provincias limítrofes de Méjico y los Estados-Unidos, descubrió en territorio mejicano, que fué cedido hace dos años por Santa Ana á los Estados de la Union, una de las célebres minas de esmeraldas conocidas por los españoles del tiempo de Hernán Cortés, y que se habían perdido desde aquella época. Organiza aquel oficial en este momento una compañía de mineros, que se trasladará á aquellos sitios, á fin de recoger el fruto de su descubrimiento.

— Leemos en un periódico de Nueva-York, que en el día se ocupan en la explotación de las minas auríferas de California más de 120,000 personas.

ECONOMÍA DOMÉSTICA. — Para toda clase de aves domésticas es la almendra amarga un veneno mortal. Tan pronto como coman, aunque sea en muy corta cantidad, se apodera de ellas un vértigo y parecen sin remedio alguno. Para los gansos es asimismo veneno muy activo el perejil, y lo propio el azúcar para los patos, pues con una onza se puede matar el más robusto. Para los pavos son las hojas del digital sumamente peligrosas, pues aun cuando coman solo en muy reducida cantidad, si no mueren incontinenti, perderán al fin por consunción la vida. Daño en extremo es también para los mismos la cicuta, y comido que hubiesen cierta cantidad, perecen infaliblemente, si no se les propina al instante algo de aceite.

VETERINARIA. — Para extinguir en los animales los piojos y otros insectos de su ralea, propone un experimentado ganadero alemán, como de extraordinaria eficacia, el uso del hollín de chimenea ó de estufa. Se tomará, pues, cierta cantidad del mismo, y echándole dentro de un cubo ó barreño lleno de agua se frotará el animal infestado con un cepillo mojado en esta agua, y después de un rato se le lavará con otra bien limpia, y habrá el molesto insecto totalmente quedado destruido.

— Para conocer la preñez de una yegua en su primer período, mídese con un bramante la caja del cuerpo en el extremo posterior muy junto á las ancas, haciendo después lo propio en la parte junto á las manos. Resultando, pues, que si la parte posterior del vientre es solo un poco más abultada que la anterior, téngase por seguro que la yegua está preñada.

CAMINOS DE HIERRO.—Ahora que tan justamente ocupan la atención pública los asuntos de ferro-carriles, nos parece que interesarán estas noticias relativas á la construcción de grandes túneles. La constitución orográfica de la América meridional, atravesada del Norte al Sur por la cadena de montañas de los Andes, exigirá la construcción de grandes túneles cuando se establezcan comunicaciones entre los puertos situados sobre las costas opuestas de los mares Atlántico y Pacífico.

Afortunadamente la ciencia está ya suficientemente adelantada para resolver prácticamente semejantes problemas, sin recurrir á los costosos medios empleados en el célebre túnel bajo el Támesis, que immortalizaron al distinguido ingeniero francés que los ha iniciado. En el día están ya construidos muchos túneles de una longitud tal, que deciden la formación de compañías para construirlos todavía mayores, á fin de atravesar con ellos las montañas de los Alpes y el estrecho de Calais que separa la Inglaterra de la Francia.

Los trabajos gigantescos hechos recientemente sobre los caminos de hierro de Lyon, de Ginebra y Marsella confirman lo que acabamos de decir. El camino de hierro subterráneo de la *Nerthe* tiene 4,620 metros, ó cerca de una legua. El de *Mont-Credo* es de 3,900 metros. El de *Saint-Iréné* tiene cerca de 2,000. Los recientes estudios hechos por orden del gobierno de Cerdeña demuestran, que se puede atravesar los Alpes por una galería de 13 kilómetros sin pozos intermedios. En fin, varios ingenieros han presentado un proyecto de construcción de una red de caminos de hierro subterráneos, de 28 kilómetros, debajo de París.

La unión de la Francia á la Inglaterra por medio de un túnel submarino forma el objeto de tres proyectos ó sistemas, el uno de los señores Franchot y Tessié du Mottay, que consiste en establecer un tubo de hierro ó túnel tubular sobre el fondo del mar, y el otro del doctor Payerne, que consiste en construir en el fondo del mar entre Calais y Douvres, una calzada de mampestería de 32 kilómetros, que serviría de base á un túnel construido con la ayuda de campanas de buzo.

Un tercer proyecto de M. Favre, vice-presidente honorario de la sociedad universal para el fomento de las artes y de la industria, ha sido presentado á esta corporación en Londres, para unir la Inglaterra con la Francia. El proyecto consiste en un túnel de cerca de 30 kilómetros de longitud, excavado bajo el mar, y que ofrecerá tanta seguridad como un camino de hierro al aire libre. Este túnel se construirá de manera que el terreno que lo separe del mar no

tenga nunca menos de 25 metros en las mayores profundidades del estrecho. El túnel estará revestido de una doble bóveda. La primera de granito y mortero impermeable; la segunda de plancha de hierro agujereada, lo que permitirá percibir instantáneamente la menor infiltración. El túnel del estrecho de Calais atravesará una roca sumamente dura, que podría servir de galería, pero se proyectan dos bóvedas más para mayor garantía.

En el proyecto se hallan explicados los medios de ejecución por diferentes pozos construidos en el estrecho, los cuales dividirán los trabajos subterráneos en secciones de túneles de menos de un miriámetro de longitud. De este modo se multiplicarán los puntos de trabajo y de salida de los escombros de las excavaciones. Las calzadas construidas en Boulogne y en Calais, que se avanzan al mar la una 1,400 metros y la otra 600, garantizan la posibilidad de establecer los mencionados pozos en diferentes puntos del estrecho; pues ciertamente no es más difícil el colocar los cimientos en el fondo del mar para un pozo que para una calzada. Los trabajos hechos hace un siglo por los holandeses en la bahía del Leon, en el cabo, á 16 metros de profundidad, para levantar un dique de 8,000 metros de largo, y que resiste aun á las tempestades, así como los ejecutados en el puerto de Argel, confirman la posibilidad del proyecto de M. Favre. También pudieran adoptarse tubos de plancha de hierro perfectamente unidos, como los que se emplearon para la construcción del célebre puente Britannia en el país de Gales.

El costo de la construcción de cada kilómetro de este túnel se ha valuado en dos millones de francos, lo que le haría ascender á 60 millones. Agregando ocho millones para cuatro kilómetros de túnel en tierra firme, el costo de los tres pozos marítimos, de las excavaciones á cielo descubierta, los dos embarcaderos y 18 millones más para gastos extraordinarios ó imprevistos, se tiene un total de 100 millones para el gasto de la empresa.

En cuanto al medio de tracción que debe emplearse, M. Favre recomienda el sistema atmosférico que, según la importante memoria de M. Seguin á la academia de Ciencias, es el más rápido y menos peligroso de todos.

ARQUEOLOGÍA. El cadáver de Nabucodonosor, rey de Nínive, que reinó desde 647 hasta 667 años antes de Jesucristo, y que según se cree feneció defendiendo aquella capital, ha sido extraído por el coronel Rawlinson de su túmulo, en que yacía hace 2418 años; pero al sacarle se deshizo totalmente, convirtiéndose en polvo. El antifaz de oro que se encontró con el cadáver, presenta facciones muy nobles, frente alta y ancha y perfil severamente griego.

Las antigüedades asirias que en su transporte á bordo del *Eufates* fueron arrojadas al mar por unos piratas, no lejos del Bassora, han sido felizmente extraídas por un tal Messoud-Bey, oriundo belga, y que en la actualidad se halla en clase de teniente coronel de ingenieros al servicio del Gran Señor. Dichos objetos deben estar ya en camino para Francia.

En las excavaciones que se están practicando desde hace algún tiempo en los alrededores de las Siete-Torres, en Constantinopla, y cuya dirección se ha confiado á Halil-bajá, se acaba de hacer un interesante descubrimiento.

Sabido es que existe cerca de Santa Sofía un vasto estanque subterráneo, hecho por la mano del hombre y lleno constantemente á gran profundidad de un agua limpia y corriente. Este estanque que quizá no tiene igual en el mundo por su intensidad, está alimentado por corrientes misteriosas de que no se había podido descubrir el origen.

En las excavaciones que se están practicando en los terrenos de Teitun-Aournon, los obreros se vieron detenidos en su trabajo por una enorme piedra incrustada en un trozo de pared muy gruesa, y habiendo conseguido echarla abajo después de inauditos esfuerzos, vieron que cerraba el orificio de un depósito, en el cual se halló un conducto de agua muy considerable, surtido por un canal de ladrillos muy bien conservado. El volumen de agua, el nivel y otros muchos indicios, han dado á conocer que dicho conducto es el que alimenta el estanque de Santa Sofía; descubrimiento por el cual es probable se hagan otros de mucha mayor importancia.

RECTIFICACION.

Hemos publicado recientemente (véanse nuestros números 138, 159, 160, 161 y 162) una linda novela de costumbres dominicanas titulada *el Montero*, donde se ha cometido un error de imprenta que nos apresuramos á rectificar á instancias del autor. El apellido de este señor debe escribirse BONÓ en vez de *Bonneau*, como allí ha sido impreso.

Del destino de las pirámides de Egipto y de Nubia.

Al considerar los gigantescos trabajos que exigió la construcción de las pirámides de Egipto, el espíritu público se manifiesta poco satisfecho con el simple destino de panteones que hace siglos se atribuye á esta maravilla del mundo. En efecto, no se concibe que por satisfacer el orgullo, ó más bien la locura de un monarca, un pueblo se haya consumido en obras de tal importancia que sorprenden la imaginación al contemplarlas.

En nuestros días se han emitido las opiniones más contradictorias para explicar la utilidad de estos monumentos. La comisión francesa de Egipto los había de-

signado desde luego un destino astronómico á causa de la orientación de las grandes pirámides sobre el meridiano, de las cuales la mayor no difiere más que de 20'; pero en resumen no pudo reconocer sino una especie de marco para las medidas egipcias y aun para el grado terrestre en la base y la apotema de esta última. Una sociedad inglesa se propuso también hace algunos años practicar excavaciones para descubrir el secreto de su destino; pero fué en vano, porque después de dos años de trabajos, tuvo que contentarse con el destino de panteones que se les había atribuido. Otras personas en época más reciente han querido explicarse el misterio de este destino; pero no teniendo por desgracia conocimiento de la posición geográfica de las pirámides, no es extraño verles divagar y extraviarse por un camino equivocado.

M. Jobard, director del museo de la industria belga, hace de estos monumentos unos faros destinados á servir de guía á los navegantes durante las inundaciones del Nilo, y aun á los viajeros en el desierto; porque, dice, «los egipcios, pueblo el más sabio y más avanzado de la época, no eran hombres de emprender trabajos tan prodigiosos sin un interés público en relación con los considerables gastos que debieron costarles.» A nuestro modo de ver, precisamente porque los egipcios eran un pueblo sabio y adelantado que sabía construir lo mismo los obeliscos que las portadas de torres elegantes, por eso mismo decimos no es probable imaginase nunca emprender construcciones tan grandiosas sobre una base de 230 metros de lado que forman 54,000 metros ó más de cinco hectáreas de superficie, para levantar un faro á 136 metros de altura; sobre todo cuando se podía hacer con menores gastos, es decir, con menos de 2,563 metros cúbicos, que no es más que la milésima parte del cubo de la primera pirámide. Esta pequeña fracción de costo hubiera bastado seguramente para obtener un faro mejor colocado y más elevado en las alturas de Mokattam y hasta en muchos puntos de la cadena Líbica. Por otra parte, si se examina la disposición de las pirámides que se hallan reunidas en grupos sobre una débil lengua del Nilo, al paso que no se encuentra sobre otros puntos que están en las mismas condiciones, se ve fácilmente que sería tratar con mezquindad á la sabiduría egipcia el suponer que tal era el objeto de estas obras gigantescas. No creemos pues necesario insistir más sobre la suposición de M. Jobard.

M. de Persigny ha creído, á consecuencia de las ingeniosas experiencias que ha practicado, que las pirámides habían debido servir para impedir las invasiones de las arenas en el valle del Nilo.

A pesar de que la obra de M. de Persigny encierra interesantes investigaciones, su sistema desaparece igualmente ante el examen topográfico de los lugares y la disposición de las pirámides. En primer lugar, las grandes pirámides de Gyzeh que sirven de aplicación á esta teoría, no se hallan colocadas en las condiciones topográficas que él admite. El río sin aguas se extiende hacia el mar cerca de Alejandría, y no en el gran desierto; además, la cadena Líbica no está interrumpida enfrente de las pirámides, y estos monumentos, en vez de estar situados en una especie de ría, lo están sobre una meseta que domina la llanura al Norte, y que es dominada á su vez por las alturas al Sud. Las otras pirámides cercanas de Memfis, se alejan cuando menos tanto como aquellas de las condiciones de su teoría.

Por otra parte, la forma de la pirámide no sería la disposición más propia para apartar las arenas por la vuelta del viento por abajo, como sienta aquella teoría. Siendo igual el ángulo de incidencia al ángulo de reflexión, es evidente que, salvo la difusión que se establece en la masa fúida, la mayor parte de la corriente de aire es rechazada por lo alto en vez de serlo por bajo, para producir el reflejo de la arena. Si los egipcios se hubiesen propuesto producir el efecto de que hablamos, seguramente habrían dado una forma vertical al frente que debía oponerse á la marcha de las arenas con el fin de obtener considerablemente más efecto y menores gastos. Yo mismo he experimentado esta diferencia de efecto. Recuerdo que habiendo determinado almorzar con algunos compañeros de viaje en la cima de la pirámide más grande, elegimos para hacer nuestra ascensión el lado por donde venía el viento, á fin de que nos fuera más fácil. Al pié de la pirámide era extremadamente flojo; pero á medida que nos acercábamos á la cumbre soplaban tan fuerte, que apenas podíamos sostenernos. Por fin llegamos á la plataforma de la cima que tiene unos diez metros de costado, y fué grande nuestra sorpresa al observar que no hacía viento; el frente inclinado de la pirámide le imprimía una dirección ascendente tan fuerte, que ella nos servía de parapeto contra su dirección natural. Me acuerdo también que habiendo arrojado un hueso contra el viento, fué rechazado formando un círculo por encima de nuestras cabezas, y cayó por el lado opuesto de la pirámide. Sorprendidos de este resultado, principiamos de nuevo esta experiencia empleando todas nuestras fuerzas; pero la corvadura descrita fué más grande y el resultado el mismo.

Examinando la posición de las pirámides de la Nubia, se ve que están dispuestas en grupos numerosos y sin orden cerca del monte Barkal, de Nuri Ditsur y de Merroe. Nuestras observaciones son aquí más concluyentes: unas están agrupadas en un terreno firme y exento de arena; otras por el contrario situadas en medio de las arenas, y nada indica que hayan sido retenidas más bien de un lado que de otro; por último, otras se encuentran al lado opuesto al que deberían ocupar si

hubiesen sido destinadas á detener la marcha de las arenas. En general, están bastante apartadas de los lugares cultivados, en las llanuras desiertas, y reunidas sin orden por grupos algunas veces de mas de ochenta pirámides de diferentes dimensiones.

El erudito M. Biot ha expuesto por su parte segun las observaciones de M. Mariette, que ha hecho las importantes excavaciones del Serapeum, que las grandes pirámides de Gyzeh servian para la determinación del equinoccio vernal. Admitiendo esta aplicación á las pirámides de Gyzeh, es evidente que todavía no es este el objeto de la grandeza de estas últimas, ni el destino de las pirámides en general, puesto que las de Gyzeh hubieran podido llenar el mismo objeto con proporciones infinitamente menores, y que las otras no responden en manera alguna á estas condiciones astronómicas.

Con solo examinar estos diversos grupos de monumentos, se comprende que no han sido construidos para oponerse á la marcha de las arenas ni para servir de faros, y que las otras aplicaciones no son sino fortuitas ó accesorias.

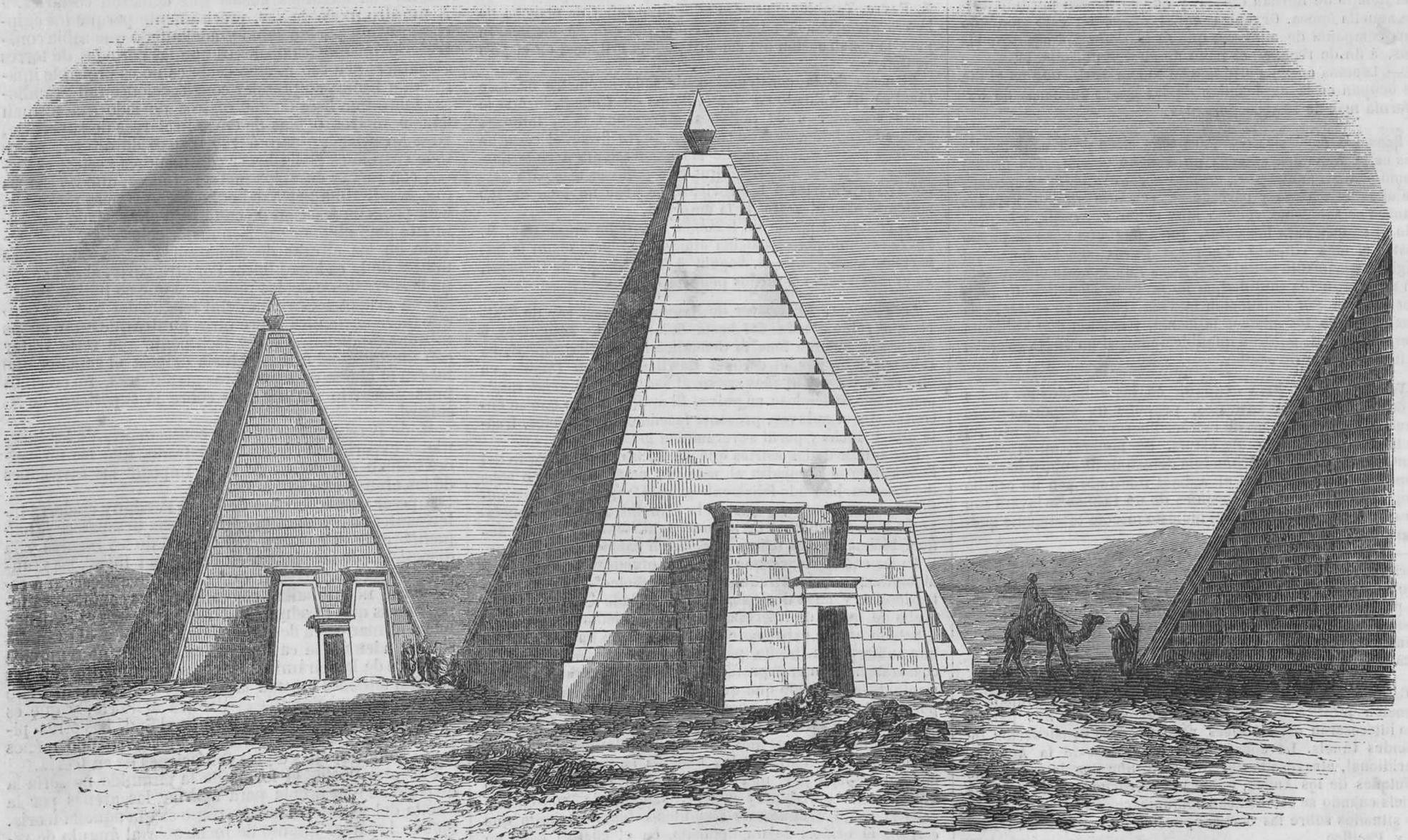
Pero ahora se nos preguntará, ¿qué razon de ser suponéis á estos monumentos? Nuestro objeto no es aquí el de explicar su utilidad ó su razon de ser, sino el de advertir contra las suposiciones equivocadas á las personas que pretenden explicar el destino de estos edificios sin haberlos visto ni conocer su posición. Sin embargo, aunque no creemos poder levantar el velo del misterioso destino de estos monumentos, vamos á exponer las razones que nos hacen considerarlos como monumentos mixtos, religiosos y sepulcrales.

Hay razon para suponer que las pirámides son panteones: en efecto, su forma parece ser la de los montecillos que se producen con el excedente de la tierra extraída de un hoyo cuando se abre de nuevo; además su disposición en grupos irregulares en las cercanías de las grandes ciudades, se asemeja mucho á los sepulcros de un cementerio. Los féretros que se encuentran en algunas pirámides pueden parecer á primera vista una de las razones mas concluyentes; pero bien reflexionado, nos parece que dejan cierta duda, porque si estos monumentos eran solamente sepulcros, cada uno de ellos debería encerrar féretros, y esto es lo que no pa-

rece haber tenido lugar, segun el estado de degradacion de muchos de estos monumentos y de las excavaciones practicadas, en las cuales no han podido descubrirse féretros en la mayor parte de las pirámides y principalmente en la de la Nubia. Verdad es que segun las creencias de los egipcios sobre el retorno del alma al cuerpo despues de haber habitado en el de diferentes animales durante muchos siglos, los féretros debian estar al abrigo de las violaciones tanto como fuera posible.

Tocándose muy de cerca los sepulcros y los edificios puramente religiosos por una fácil transición de ideas, vamos á examinar algunas condiciones de la religion egipcia donde se encuentran probabilidades en favor del destino religioso de las pirámides.

Se sabe que los egipcios daban culto á diferentes divinidades; las unas admitian un emblema viviente, y las otras no. Es un error el decir que los egipcios adoraban los animales. Estos no eran por sí mismos el objeto de su veneracion, sino las virtudes y cualidades divinas que representaban y de que eran solamente un emblema. Cuando un cristiano reza delante de un cuadro que representa un santo, la imagen es el objeto de



Pirámides del Oeste del monte Barkal con las portadas y las piedras de adorno de las cúspides restauradas.

su veneracion ni mas ni ménos que los animales lo eran para los egipcios. Este culto se dirige al santo, del mismo modo que el de los egipcios se dirigia á la virtud divina de que cada animal no era mas que el emblema. Por otra parte, no todas las divinidades admitian emblema viviente. El dios Ftha, por ejemplo, que parece haber sido el Vulcano de los egipcios, no tenia, y aun apenas podia tener símbolo material; él mismo era no el símbolo del fuego material, sino el del fuego divino, del espíritu infinito que preside al mundo y lo coordina todo. Ftha era el dios á quien obedecian todos los otros. A pesar de habersele atribuido un templo en donde habia un toro sagrado, Memfis adoraba á este dios sin símbolo material. Así pues, no era necesario tener un santuario destinado á recibir un símbolo viviente en un edificio dedicado á una divinidad de este género. Bajo el hermoso cielo de Egipto, lo mismo que en Grecia, los templos no estaban destinados á recibir la multitud como en nuestros nebulosos climas: el objeto principal de los edificios religiosos debia ser el de dar una alta idea de la divinidad y de su inmutabilidad. La forma mas á propósito era la de la pirámide, que por su estructura parece debe ser tan eterna como grandiosa. Además, ofreciendo siempre á la vista un triángulo, bien en su contorno, ó bien en alguna de sus caras, la pirámide corresponde perfectamente á las antiguas creencias religiosas, que hacen del triángulo el emblema de la divinidad. Segun Plutarco, los sacerdotes egipcios, que eran á un tiempo los reyes de la ciencia y de la religion, comparaban la naturaleza universal á un triángulo-rectángulo, cuyos lados eran entre sí como los números 3, 4 y 5. Decian que la base (4) representaba á Osiris, ó el principio varon y fecundante; el lado pequeño (3) Isis,

la hembra ó el receptáculo, y en fin, la hipotenusa (5) Horus, el efecto ó el fruto de uno y otro. Entre las numerosas propiedades que tiene este triángulo, parece haber puesto en evidencia la proposición del cuadrado de la hipotenusa, que es el producto del cuadrado de los otros dos lados. El triángulo equilátero se denominaba *Minerva*, *Corifagena* y *Tritogenia*. También el triángulo que tenia un papel importante entre los símbolos de la religion, se halla con frecuencia empleado en los geroglíficos, donde parece ser solamente simbólico y no figura geométrica.

La Trinidad se encuentra casi en todas las religiones: — Entre los indios: Brahma, Vischnu y Civa, el criador, el conservador y el destructor; entre los budhistas: Buddha, Dharmas y Sogghas; entre los egipcios, hallamos también, Ammon, el varon ó el padre, Muth, la hembra ó la madre, y Khus, el niño ó el hijo; por último, hoy día se encuentra el emblema de la divina Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en el triángulo que figura encima de nuestros sagrados tabernáculos.

Pareceria pues, muy natural, que la pirámide que presenta bajo todos sus aspectos la forma triangular, símbolo de la divinidad, fuese muy propia para monumentos religiosos. Luego hay otras razones que militan en favor de esta opinion: casi todos esos edificios ofrecian sobre uno de sus lados un templete ó santuario, con torres cuadradas (véase nuestro dibujo); como los templos propiamente dichos á veces estaba cercado; el interior parece estaba destinado á recibir las ofrendas. Ese templete permite igualmente la suposición de que las pirámides podian estar consagradas lo mismo á los dioses que admiten un símbolo vivo que á los que no le

admiten; en tanto que tiende á destruir la idea de un faro ó de un monumento contra la invasion de las arenas. Además por los pápiros hallados sobre las momias se sabe que entre los egipcios estaba admitido que los muertos volvian y se identificaban con la divinidad, y así eran objeto de un culto del que se hallan señales todavía. Los egipcios modernos parecen haber conservado el uno de ese doble destino fúnebre y religioso en esas vastas reuniones de mezquitas, cúpulas y otros monumentos agrupados á las puertas del Cairo. En uno de esos lugares encantados que por su importancia ha tomado el nombre de *Ciudad de los Sepulcros*, los califas han hecho verdaderas mezquitas para el público en las cuales ocupan un reducido espacio las sepulturas.

Pero hay mas aun: entre los egipcios lo mismo que entre otros varios pueblos paganos, ciertos soberanos se hallaban en cierto modo deificados por el culto que les rendian despues de su muerte; por manera que en la tumba de uno de esos personajes la idea de monumento fúnebre y religioso se hallaba confundida en una sola cosa.

Así pues, admitiendo un doble destino religioso y fúnebre en honor de los hombres deificados para las pirámides de Egipto, al punto se explica fácilmente su magnitud, su disposición y su crecido número. Se concibe, en efecto, que la idea que ha hecho elevar por todo el universo esa multitud de iglesias, de templos y de mezquitas, que para edificar San Pedro de Roma puso el Panteon sobre los grandes arcos de la basílica de Constantino, que esa idea que llevó los cruzados á Oriente, que hizo los mártires de nuestra santa fé y trastornó el mundo, haya podido hacer elevar las pirámides de Egipto.